

HISTORIA DE LAS CRUZADAS STEVEN RUNCIMAN

Alianza editorial



HISTORIA DE LAS CRUZADAS

Steven Runciman

HISTORIA DE LAS CRUZADAS

Traducción de:
Germán Bleiber

Alianza Editorial

Título original: *A History of the Crusades*
I. The First Crusade and the Foundation of the Kingdom of Jerusalem
II. The Kingdom of Jerusalem and the Frankish East. 1100-1187
III. The Kingdom of Acre and the Later Crusades

Edición en castellano publicada por acuerdo con The Andrew Lownie Literary Agency Ltd
y Casanovas & Lynch Literary Agency.

Primera edición digital: 2025

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© A History of the Crusades I: The First Crusade and the Foundation
of the Kingdom of Jerusalem copyright Steven Runciman 1951

© A History of the Crusades II: The Kingdom of Jerusalem
and the Frankish East 1100-1187 copyright Steven Runciman 1952

© A History of the Crusades III: The Kingdom of Acre
and the Later Crusades copyright Steven Runciman 1954

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025

Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-894-5

Edición electrónica sobre la primera edición impresa

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN
CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

ÍNDICE

PRIMERA PARTE LA PRIMERA CRUZADA Y LA FUNDACIÓN DEL REINO DE JERUSALÉN

ÍNDICE DE MAPAS.....	15
PREFACIO	17
LIBRO I. LOS SANTOS LUGARES DE LA CRISTIANDAD	21
La abominación del asolamiento	21
El reinado del Anticristo	33
Los peregrinos de Cristo	46
Hacia el desastre.....	55
Confusión en Oriente	65
LIBRO II. LA PREDICACIÓN DE LA CRUZADA.....	76
Santa paz y Guerra santa	76
La roca de San Pedro.....	83
El llamamiento	92
LIBRO III. EL CAMINO HACIA LAS GUERRAS	102
La expedición popular.....	102
La Cruzada alemana	111
Los príncipes y el Emperador	116

LIBRO IV. LA GUERRA CONTRA LOS TURCOS	138
La campaña en Asia Menor	138
Intermedio armenio	153
Ante las murallas de Antioquía.....	165
La posesión de Antioquía.....	182
LIBRO V. LA TIERRA DE PROMISIÓN	202
El camino a Jerusalén.....	202
El triunfo de la Cruz.....	212
«Advocatus Sancti Sepulchri»	219
El reino de Jerusalén	237
APÉNDICES	
1. Fuentes principales para la Historia de la Primera Cruzada	249
2. La fuerza numérica de los cruzados	257
SEGUNDA PARTE	
EL REINO DE JERUSALÉN Y EL ORIENTE FRANCO 1100-1187	
ÍNDICE DE MAPAS.....	267
PREFACIO	269
LIBRO I. LA FUNDACIÓN DEL REINO	271
Ultramar y sus vecinos	271
Las Cruzadas de 1101	281
Los príncipes normandos de Antioquía.....	291
Tolosa y Trípoli.....	307
El rey Balduino I.....	318
Equilibrio en el norte.....	343
LIBRO II. EL CÉNIT	367
El rey Balduino II	367
La segunda generación	398
Las pretensiones del emperador.....	412
La Caída de Edesa.....	426
LIBRO III. LA SEGUNDA CRUZADA.....	440
La llamada a los reyes	440
Discordia cristiana	452
Fracaso.....	462
LIBRO IV. CAMBIAN LAS TORNAS	470
La vida en Ultramar	470
La elevación del Nur ed-Din	494
El regreso del Emperador	508
El señuelo de Egipto	521

LIBRO V. EL TRIUNFO DEL ISLAM.....	549
La unidad musulmana	549
Los Cuernos de Hattin.....	573
APÉNDICES	
1. Fuentes principales para la historia del Oriente latino (1100-1187)	603
2. La Batalla de Hattin.....	612
TERCERA PARTE EL REINO DE ACRE Y LAS ÚLTIMAS CRUZADAS	
ÍNDICE DE MAPAS.....	621
PREFACIO	623
LIBRO I. LA TERCERA CRUZADA	625
La conciencia de Occidente.....	625
Acre	636
Corazón de León	648
El segundo reino	678
LIBRO II. CRUZADAS DESCARRIADAS.....	699
La Cruzada contra los cristianos	699
La quinta Cruzada	717
El emperador Federico	745
Anarquía legalizada	770
LIBRO III. LOS MONGOLES Y LOS MAMELUCOS.....	791
La aparición de los mongoles	791
San Luis	804
Los mongoles en Siria	830
El sultán Baibars	846
LIBRO IV. EL FIN DE ULTRAMAR	871
El comercio de Ultramar	871
Arquitectura y arte en Ultramar	882
La caída de Acre.....	896
LIBRO V. EPÍLOGO	923
Las últimas Cruzadas	923
Conclusiones	952

APÉNDICES

1. Principales fuentes para la historia de las últimas Cruzadas..... 963
2. La vida intelectual en Ultramar..... 969

ÁRBOLES GENEALÓGICOS 973

BIBLIOGRAFÍA

- Fuentes originales 987
- Obras modernas..... 1002

INDICE ALFABÉTICO..... 1015

PARTE PRIMERA

**LA PRIMERA CRUZADA
Y LA FUNDACIÓN DEL REINO
DE JERUSALÉN**

A mi madre

ÍNDICE DE MAPAS

1.	Alrededores de Constantinopla y Nicea en tiempos de la primera Cruzada.....	109
2.	La península de los Balcanes en tiempos de la primera Cruzada	122
3.	Asia Menor en tiempos de la primera Cruzada	145
4.	Plano de Antioquía en 1098	168
5.	Siria en tiempos de la primera Cruzada	204

PREFACIO

«La Primera Cruzada y la fundación del reino de Jerusalén» pretende ser la parte primera de las tres que abarcarán la historia del movimiento que llamamos «las Cruzadas», desde su comienzo en el siglo XI hasta su ocaso en el XIV, así como de los Estados creados por él en Tierra Santa y en los países vecinos. Espero ofrecer en la segunda parte una historia y una descripción del reino de Jerusalén y de sus relaciones con los pueblos del Oriente Medio y también de las Cruzadas del siglo XII, y en la tercera parte haré la historia del reino de Acre y de las últimas Cruzadas.

Tanto si las consideramos como la más grandiosa y más romántica de las aventuras cristianas o como la última de las invasiones de los bárbaros, las Cruzadas constituyen un hecho central en la historia de la Edad Media. Antes de su iniciación, el centro de nuestra civilización estaba situado en Bizancio y en los países del Califato árabe. Antes de su desaparición, la hegemonía de la civilización se había desplazado a la Europa occidental. De este desplazamiento nació la historia moderna; pero para entenderlo no nos basta con comprender las circunstancias que, en la Europa occidental, dieron origen al impulso de las Cruzadas, sino que, más bien, hay que comprender las circunstancias que, en Oriente, ofrecieron su oportunidad a los cruzados y determinaron su avance y retirada. Nuestra visión tiene que abarcar desde el Atlántico a Mongolia. Narrar la historia únicamente desde el punto de vista de los francos, o del de los árabes, o incluso del de sus principales víctimas, los cristianos de Oriente, equivaldría a ignorar su significación. Porque esto fue, como observa Gibbon, la historia de la «controversia del mundo».

La historia completa de las Cruzadas no se ha narrado con frecuencia en lengua inglesa; ni siquiera ha existido en Inglaterra una escuela historiográfica de tal especialidad. Los capítulos de Gibbon en su *Decline and Fall* merecen aún atención, a pesar de sus prejuicios y de la época en que escribió. Más recientes son el brillante resumen del movimiento debido a Sir Ernest Barker, publicado primeramente en la *Enciclopedia Británica*, y la breve, aunque admirable, historia de los reinos derivados de las Cruzadas de W. B. Stevenson. Sin embargo, la contribución británica está limitada principalmente a algunos artículos eruditos, a la publicación de fuentes orientales y a unas pocas historias de divulgación. Francia y Alemania poseen una tradición más amplia y antigua. Las

grandes historias de las Cruzadas escritas por alemanes se inician con la de Wilken, publicada a principios del siglo XIX. La historia de Von Sybel, cuya primera edición es de 1841, sigue siendo aún de capital importancia; y en el último tercio del siglo, dos excelentes eruditos, Röhricht y Hagenmeyer, no sólo realizaron una inestimable labor de recopilación y crítica de fuentes, sino que también escribieron sendas historias de conjunto. En estos últimos tiempos se ha mantenido viva la tradición alemana gracias a Erdman, autor del exhaustivo estudio sobre los movimientos religiosos occidentales que cristalizarían en las Cruzadas. En Francia, el país del que partió originariamente el mayor número de cruzados, el interés de los eruditos se puso de manifiesto a mediados del siglo XIX con la publicación de las principales fuentes, occidentales, griegas y orientales, en el monumental *Recueil des Historiens des Croisades*. La extensa historia de Michaud ya había empezado a publicarse a partir de 1817. En la segunda mitad del siglo, Riant y sus colaboradores en la Société de l'Orient Latin realizaron un copioso y estimable trabajo. En nuestro siglo, dos distinguidos bizantinistas franceses, Chalandon y Bréhier, fijaron su atención en las Cruzadas; y, poco antes de la Segunda Guerra Mundial, M. Grousset compuso su historia de las Cruzadas, en tres volúmenes, que, fiel a la tradición francesa, ha sabido combinar la amplia preparación científica con el excelente estilo literario y un matiz de patriotismo galo. Hoy en día es, sin embargo, en Estados Unidos donde se halla la más fecunda escuela de historiadores de las Cruzadas, creada por D. C. Munro, cuya, por desgracia, escasa producción escrita podría dar una falsa impresión sobre su importancia docente. Los historiadores americanos han concentrado su atención, hasta ahora, en cuestiones de detalle, y ninguno de ellos ha intentado aún una historia general completa. Pero nos han prometido un volumen de conjunto, en el que habrán de colaborar algunos eruditos extranjeros, y que abarcará todos los aspectos de la historia de las Cruzadas. Lamento que no haya aparecido a tiempo de haber podido beneficiarme de él cuando escribía el presente volumen.

Podría parecer imprudente por parte de una pluma británica el pretender competir con la masa de mecanógrafos de Estados Unidos. Mas de hecho no existe tal competencia. Un autor solo no puede hablar con la alta autoridad de un equipo de expertos, pero le será posible dotar a su obra de coherencia e incluso de un acento épico que ningún volumen hecho a base de varios colaboradores puede alcanzar. Homero, tanto como Heródoto, fue un padre de la Historia, de lo que se percató Gibbon, el más grande de nuestros historiadores; y resulta difícil, pese a ciertas opiniones críticas, creer que Homero fuera un equipo. La historiografía de hoy se encuentra en una época alejandrina, en la que la creación está supeditada al eruditismo. Enfrentado con verdaderas montañas de minucias del saber y atemorizado por la severidad alerta de sus colegas, el historiador moderno se refugia demasiado a menudo en artículos eruditos o en trabajos estrechamente especializados, pequeñas fortalezas fáciles de defender contra un ataque. Su obra puede tener un valor muy notable; sin embargo, no es un fin en sí misma. Yo creo que el deber supremo del historiador es el de escribir historia, es decir, intentar re-

gistrar en una extensa sucesión los hechos y movimientos más importantes que han dominado, con su vaivén, los destinos del hombre. El escritor que sea lo suficientemente temerario para acometer tal intento no debería ser tachado de ambicioso, aunque merezcan censura la insuficiencia de sus materiales y la inanidad de sus resultados.

Mis notas autorizan las afirmaciones que hago, y en mi bibliografía ofrezco una lista de las obras consultadas. Mi deuda es enorme con muchas de ellas, incluso aunque no las cite específicamente en las notas. Los amigos que me han ayudado con críticas y consejos son demasiados para poder enumerarlos aquí.

Es menester una observación sobre la transcripción de nombres. Cuando se trata de nombres que tienen una forma moderna generalmente aceptada, como por ejemplo en Juan o Godofredo o Raimundo, sería pedante el uso de otra forma cualquiera; yo he intentado siempre, por tanto, emplear la forma más familiar y asequible al lector de nivel medio. Para las palabras griegas he usado la transcripción latina tradicional, único medio que permite alcanzar la uniformidad. Los nombres árabes presentan una mayor dificultad. Los puntos y espíritus adoptados por los arabistas dificultan la lectura. Yo los he suprimido, aunque espero que mi sistema no vaya en detrimento de la claridad. En armenio, en que *k* y *g* y *b* y *p* resultan igualmente correctas según la época y el lugar en que se haya usado la palabra, he optado por el equivalente más antiguo. El francés *de* representa un problema permanente en inglés. Excepto cuando la preposición puede considerarse como parte integrante de un apellido, he preferido traducirla siempre.

Finalmente, quisiera agradecer a los síndicos y a la Secretaría de Cambridge University Press su indefectible amabilidad y ayuda.

STEVEN RUNCIMAN
Londres, 1950

[Las citas de las Escrituras al principio de cada epígrafe se han tomado para la versión española, de la *Sagrada Biblia*, ed. Bover, S. J.-Cantera, B. A. C., 3.^a edición, Madrid, 1953.

Los nombres propios árabes, sirios, armenios, turcos, etc., se han conservado generalmente con la misma grafía utilizada por el autor.— [N. del T.]

LIBRO I

LOS SANTOS LUGARES DE LA CRISTIANDAD

La abominación del asolamiento

Cuando viereis, pues, la abominación del asolamiento, anunciada por el profeta Daniel, estar en el lugar santo...

(San Mateo, 24, 15.)

Cierto día de febrero del año 638, el califa Omar entró en Jerusalén, montado en un camello blanco. Iba cubierto de un manto raído y mugriento, y le seguía su ejército, tosco y desgredado; pero su disciplina era perfecta. A su lado estaba el patriarca Sofronio, como principal magistrado de la ciudad rendida. Omar se dirigió en seguida hacia el lugar del Templo de Salomón, desde donde su amigo Mahoma había ascendido a los cielos. Contemplándole allí, el patriarca recordó las palabras de Cristo y murmuró entre lágrimas: «He aquí la abominación del asolamiento, anunciada por el profeta Daniel».

Después, el Califa pidió ver los santuarios de los cristianos. El patriarca le llevó a la iglesia del Santo Sepulcro y le mostró cuanto en ella había. Mientras se hallaban en la iglesia se acercaba la hora de la oración musulmana. El Califa preguntó dónde podría extender su alfombra de rezo. Sofronio le rogó que permaneciera donde estaba; pero Omar se dirigió hacia fuera, al atrio de la Anástasis, temiendo, según dijo, que sus celosos secuaces quisieran reclamar para el islam el lugar en que él había orado. Y así sucedió, en efecto. Los musulmanes tomaron posesión del atrio, pero la iglesia siguió siendo lo que había sido, el más sagrado de los santuarios de la Cristiandad¹.

Esto se ajustaba a las cláusulas de rendición de la ciudad. El propio Profeta había ordenado que, mientras a los gentiles se les brindara la opción entre convertirse o morir,

¹ Teófanos, ad ann. 6127, p. 333; Eutiquio, *Annales*, col. 1099; Miguel el Sirio, vol. II, pp. 425-6; Elías de Nisibin, p. 64. Un excelente resumen de las fuentes se hallará en Vicent y Abel, *Jérusalem Nouvelle*, vol. II, pp. 930-2.

los pueblos de las Escrituras, cristianos y judíos (a los que, por cortesía, agregaba a los seguidores de Zoroastro), podrían conservar sus lugares de culto y practicarlos sin impedimento, pero no se les permitía aumentarlos, ni llevar armas, ni montar a caballo; y además tendrían que pagar un impuesto especial de capitación, conocido por *jizya*². Sofronio no podía haber esperado mejores condiciones cuando, montado en su asno, iba con un salvoconducto a entrevistarse con el Califa en el monte de los Olivos, después de haberse negado a entregar la ciudad a cualquier otro de menor autoridad. Jerusalén había sido asediada durante más de un año, y los árabes, poco expertos en la táctica de asedio y mal equipados para ello, eran impotentes frente a las fortificaciones recién reparadas. Pero, dentro de la ciudad, las provisiones habían empezado a escasear, y ya no había ninguna esperanza de socorro. El campo estaba en manos de los árabes, y las ciudades de Siria y Palestina habían ido cayendo una tras otra. No había quedado más ejército cristiano próximo que el situado en Egipto, aparte de la guarnición que se mantenía en Cesarea, en la costa, protegida por la flota imperial. Lo más que Sofronio podría obtener del conquistador, además de las condiciones al uso, era que los funcionarios imperiales en la ciudad pudieran retirarse libremente con sus familias y sus bienes muebles a la costa de Cesarea.

Éste fue el último éxito público del patriarca, la trágica culminación de una larga vida entregada al esfuerzo por mantener la ortodoxia y la unidad de la Cristiandad. Siempre, desde su juventud, cuando viajaba por los monasterios de Oriente con su amigo Juan Mosco, reuniendo para su *Prado Espiritual* leyendas e historias de santos, hasta sus años de madurez, cuando el Emperador, cuya política combatía, le nombró para la gran sede de Jerusalén, había luchado resueltamente contra las herejías y el naciente nacionalismo, que, como preveía, acabaría por desmembrar el Imperio. Pero el «defensor de la fe, el de la lengua de miel», como se le llamaba, había predicado y trabajado en vano. La conquista árabe fue una prueba de su fracaso, y pocas semanas después murió con el corazón abrumado de melancolía³.

Realmente, ninguna acción humana hubiese podido detener los movimientos destructores en las provincias orientales de Roma. A lo largo de la historia del Imperio romano hubo una lucha sorda entre Oriente y Occidente. Occidente venció en Actio, pero Oriente venció a sus conquistadores. Egipto y Siria eran las provincias más ricas y más populosas del Imperio. Poseían los principales centros industriales; sus barcos y caravanas dominaban el comercio con Oriente; su cultura, tanto espiritual como material, era mucho más elevada que la de Occidente, no sólo por sus largas tradiciones, sino también por el estímulo de la proximidad del único rival que tenía Roma en cuan-

² Véase el artículo «Djizya», de Becker, en la *Encyclopaedia of Islam*, y Browne, *The Eclipse of Christianity in Asia*, pp. 29-31

³ Σωφρόνιος δέ, ὁ μελίγλωσσος τῆς ἀληθείας; πρόμαχος, en Mansi, *Concilia, Nova Collectio*, vol. X, col. 607. Está ahora establecido que Sofronio el patriarca y Sofronio el amigo de Mosco son la misma persona (véase Usener, *Der Heilige Tychon*, pp. 85-104).

to a su civilización: el reino sasánida de Persia. Se hacía inevitable que la influencia de Oriente fuera en aumento; hasta que, finalmente, el emperador Constantino el Grande adoptó una religión oriental y trasladó su capital hacia Oriente, a Bizancio, en el Bósforo. En el siglo siguiente, cuando el Imperio, debilitado por la decadencia interna, tuvo que hacer frente a la embestida de los bárbaros, el Occidente se vino abajo, pero el Oriente sobrevivió gracias, en gran parte, a la política de Constantino. Mientras se establecían reinos bárbaros en Galia, en España, en África, en la lejana Inglaterra y, finalmente, en Italia, el emperador romano regía las provincias orientales desde Constantinopla. El gobierno de Roma rara vez había sido popular en Siria y en Egipto. El gobierno de Constantinopla se resintió pronto de una hostilidad aún más grave. En gran parte esto se debió a circunstancias externas. El empobrecimiento de Occidente significó la pérdida de mercados para los comerciantes sirios y los industriales egipcios. Constantes guerras con Persia interrumpían la ruta comercial que atravesaba el desierto hasta Antioquía y las ciudades del Líbano, y, poco después, la caída del Imperio abisinio y el caos en Arabia cerraron las rutas del mar Rojo, controladas por los marinos de Egipto y los dueños de caravanas de Petra, Transjordania y el sur de Palestina. Constantinopla fue convirtiéndose en el mercado principal del Imperio, y el comercio del lejano Oriente, fomentado por la diplomacia del emperador, buscó una ruta directa, septentrional y al otro lado, a través de las estepas del Asia central. Esto fue un rudo golpe para los ciudadanos de Alejandría y Antioquía, envidiosos ya de la ciudad advenediza, que amenazaba con eclipsarlas. Pero aún más amargaba a los sirios y egipcios el hecho de que el nuevo sistema de gobierno estuviese basado en la centralización. Los fueros y autonomías fueron rápidamente disminuidos, y el recaudador de impuestos era más severo y exigente que en los tiempos de la dominación romana. El descontento dio nuevas alas al nacionalismo en Oriente, que ya nunca quedaría latente durante mucho tiempo.

La lucha estalló abiertamente por cuestiones de religión. Los emperadores paganos habían sido tolerantes con los cultos locales. Los dioses particulares podían así fácilmente encajar en el panteón romano. Solamente los monoteístas obstinados, como los cristianos y los judíos, sufrieron alguna persecución ocasional. Pero los emperadores cristianos no podían ser tan tolerantes. El cristianismo es una religión exclusivista, y ellos deseaban utilizarlo como un medio unificador que ligara a todos sus súbditos al gobierno. El propio Constantino, algo confuso en cuestiones de teología, había procurado unificar la Iglesia, entonces desgarrada por la controversia arriana. Medio siglo después, Teodosio el Grande hizo de la conformidad una parte del programa imperial. Pero la conformidad no fue aceptada tan fácilmente. El Oriente se había entregado decididamente al cristianismo. Los griegos habían aplicado a sus problemas su afición a las polémicas sutiles, a las que agregaron los orientales helenizados una ardiente y apasionada vehemencia que pronto engendró intolerancia y odio. El tema principal de sus disputas era el de la naturaleza de Cristo, problema central y el más difícil en toda

la teología cristiana. La controversia era teológica; pero en esos tiempos incluso el hombre de la calle tenía interés por las disputas teológicas, que clasificaba como una diversión sólo superada por los juegos circenses. Pero había también otros aspectos. El sirio y el egipcio medios deseaban un ceremonial más sencillo que el de la Iglesia ortodoxa, con toda su pompa. Su lujo ofendía a su creciente pobreza. Además, consideraban a sus prelados y sacerdotes como agentes del gobierno de Constantinopla. Su alto clero, por envidia, se dejó llevar fácilmente a una hostilidad semejante. Los patriarcas de las antiguas sedes de Alejandría y Antioquía se enfurecieron al saber que su advenedizo hermano de Constantinopla gozaría del derecho de precedencia. Era inevitable que surgiera la herejía y que tomara la forma de un movimiento nacionalista y disolvente.

El arrianismo pronto se extinguió en Oriente, salvo en Abisinia; pero las herejías del siglo V fueron más resistentes. A principios del siglo, Nestorio, sirio de nacimiento y patriarca de Constantinopla, hizo pública una doctrina que ponía en duda la divinidad de Cristo. Los teólogos de la escuela de Antioquía se habían inclinado siempre hacia esa tendencia, y Nestorio encontró muchos secuaces en la Siria septentrional. Su doctrina fue condenada como herejía por el Concilio ecuménico de Éfeso en 431; a consecuencia de ello se separaron muchas congregaciones sirias. El nestorianismo, prohibido en el Imperio, estableció sus cuarteles generales en el territorio del rey de Persia, en Mesopotamia. Pronto fijó casi toda su atención en el trabajo misional en el lejano Oriente, en la India, en el Turkestán e incluso en China, pero en los siglos VI y VII aún tenía iglesias en Siria y en Egipto, cuyos feligreses eran, sobre todo, mercaderes dedicados al comercio con el lejano Oriente.

La controversia nestoriana dio origen a otra aún más dura. Los teólogos de Alejandría, entusiasmados por la doble victoria sobre las doctrinas de Antioquía y sobre un patriarca de Constantinopla, sobrepasaron los límites de la ortodoxia en dirección opuesta. Publicaron una doctrina que parecía implicar una negación de la humanidad de Cristo. Esta herejía se llama a veces eutiquianismo, por Eutiques, oscuro sacerdote, que fue el primero en proponerla. Más corrientemente se la conoce por el nombre de «monofisismo». En 451, el cuarto Concilio ecuménico, reunido en Calcedonia, condenó esta herejía, y los monofisitas, indignados, se separaron del cuerpo principal de la Cristiandad, arrastrando consigo a la mayoría de los cristianos de Egipto y a gran número de congregaciones de Siria. La Iglesia armenia, cuyos legados llegaron demasiado tarde a Calcedonia para participar en las discusiones, se negó a aceptar los acuerdos del Concilio y se colocó al lado de los monofisitas. Los emperadores posteriores buscaron sin cesar una fórmula conciliatoria para cerrar la brecha y que, avalada por un concilio ecuménico, hubiese podido ser aceptada como una nueva definición de la verdadera fe. Pero había dos factores en contra de ellos. Los herejes, en lo que a ellos atañía, no deseaban volver al redil, salvo si se admitían sus inaceptables condiciones, y la actitud de Roma y de la Iglesia occidental era terminantemente hostil al compromiso. El papa

León I, basándose en el punto de vista de que la definición del Credo era cuestión del sucesor de San Pedro y no de un concilio ecuménico, e impacientado con sutilezas dialécticas que no entendía, promulgó una declaración definitoria de la justa opinión del problema. Esta declaración, conocida en la historia por *Tomus* del papa León, aunque ignoraba las sutilezas de la polémica, fue aceptada por las autoridades del Concilio de Calcedonia como base para sus discusiones, y su fórmula fue incorporada a sus acuerdos. La fórmula del papa León estaba tallada con claridad y era cruda, sin admitir ni comentarios ni modificación alguna. Cualquier compromiso que fuese a apaciguar a los herejes implicaría su abandono y, en consecuencia, un cisma con Roma. Ningún emperador con intereses y ambiciones en Italia y en Occidente podría permitirse semejante lujo. Encerrado en este dilema, el gobierno imperial nunca desarrolló una política consistente. Vacilaba entre la persecución y el apaciguamiento de los herejes, pero éstos iban aumentando su fuerza en las provincias orientales, apoyados por el nacionalismo que resurgía en Oriente⁴.

Además de los monofisitas y los nestorianos había otra comunidad en las provincias orientales que se oponía constantemente al gobierno imperial: la de los judíos. Había judíos, en número considerable, establecidos en todas las grandes ciudades de Oriente. Se hallaban sometidos a cierta inhabilitación civil, y, en ocasiones, tanto ellos como sus bienes resultaban lesionados a causa de algún tumulto. Para resarcirse se aprovechaban de cualquier oportunidad para infligir daño a los cristianos. Sus recursos financieros y sus extensas y amplias relaciones los convertían en un peligro potencial para el gobierno⁵.

Durante el siglo VI la situación empeoró. Las guerras de Justiniano en Occidente fueron largas y costosas. Comprometieron su política religiosa y significaron un aumento en los impuestos y ninguna compensación en los asuntos de Oriente. Siria fue la que salió peor parada, porque, además de sus cargas fiscales, sufrió una serie de crueles incursiones de los ejércitos persas y varios terremotos desastrosos. Solamente los herejes florecían. Los monofisitas de Siria se organizaron como fuerza poderosa bajo la orientación de Jacobo Baradeo de Edesa, favorecido por la simpatía de la emperatriz Teodora. Su Iglesia se conoció desde entonces con el nombre de *jacobita*. Los monofisitas de Egipto, llamados ahora coptos, incluían a casi toda la población nativa. Los nestorianos, atrincherados libremente tras la frontera persa y expandiéndose rápidamente hacia el este, consolidaron su posición dentro del Imperio. Excepto en las ciudades de Palestina, los ortodoxos eran una minoría. Se les llamaba desdeñosamente *mel-*

⁴ El mejor relato de la primitiva historia de las iglesias nestoriana y monofisita se halla en Vacant y Mangenot, *Dictionnaire de Théologie Catholique*, artículos «Nestorius», de Amann, y «Monophysitisme», de Jugie, y en los capítulos de Bardy, en el vol. IV, y de Bréhier, en los vols. IV y V, de la *Histoire de l'Eglise*, editada por Fliche y Martin.

⁵ Para la legislación imperial, arbitraria, aunque no muy cruel, contra los judíos, véase Bury, *Later Roman Empire* (A. D., 395-565), vol. II, p. 366, y Kraus, *Studien zur byzantinisch-jüdischen Geschichte*, pp. 1-36.

quitas, los hombres del emperador, y con razón, pues su existencia dependía del poder y prestigio de la administración imperial⁶.

En 602 subió al trono imperial el centurión Focas. Su reinado fue cruel e incompetente, y, mientras Constantinopla sufría bajo el terror, en las provincias había disturbios en las ciudades entre los bandos del circo y luchas civiles entre las sectas religiosas rivales. En Antioquía, los patriarcas jacobita y nestoriano celebraron públicamente un concilio para discutir la acción común contra los ortodoxos. Focas los castigó con el envío de un ejército que hizo una terrible matanza entre los herejes, a la cual cooperaron, con regocijo, los judíos. Dos años después, los propios judíos se sublevaron y torturaron y mataron al patriarca ortodoxo de la ciudad⁷.

En el año 610, Focas fue destronado por un joven noble de origen armenio, Heraclio, hijo del gobernador de África. Aquel mismo año, el rey Cosroes II de Persia completó sus preparativos para la invasión y desmembramiento del Imperio. La guerra persa duró diecinueve años. Durante doce, el Imperio estuvo a la defensiva, mientras un ejército persa ocupaba Anatolia y otro conquistaba Siria. Antioquía cayó en 611; Damasco, en 613. En la primavera de 614, el general persa Sharbaraz entraba en Palestina, asolando las zonas rurales e incendiando las iglesias por donde pasaba. Solamente respetó la iglesia de la Natividad, de Belén, porque los mosaicos sobre la puerta representaban a los Reyes Magos en traje persa. El 15 de abril puso sitio a Jerusalén. El patriarca Zacarías estaba dispuesto a entregar la ciudad con el fin de evitar derramamiento de sangre, pero los habitantes cristianos se negaron a rendirse tan dócilmente. El 5 de mayo, con la ayuda de los judíos intramuros, los persas forzaron su entrada en la ciudad. Se sucedieron escenas de violento horror. Con sus iglesias y casas ardiendo, los cristianos fueron degollados en una matanza sin discriminación, víctimas algunos de la soldadesca persa y muchos más de los judíos. Se dijo que murieron unos sesenta mil y que treinta y cinco mil más fueron vendidos como esclavos. Las sagradas reliquias de la ciudad —la verdadera Cruz y los instrumentos de la Pasión— habían sido escondidas; pero, desenterradas, fueron enviadas, juntamente con el patriarca, hacia el este, como obsequio para la reina cristiana de Persia, la nestoriana Meryem. La devastación producida dentro de la ciudad y en sus alrededores fue tan grande que ni siquiera hoy en día se ha recuperado de ella plenamente el campo⁸.

⁶ Véase Bréhier, *op. cit.*, vol. IV, pp. 489-93; Devreesse, *Le Patriarchat d'Antioche*, pp. 77-99.

⁷ Teófanos, ad. ann. 6101, p. 296; Juan de Nikiu, p. 166; Sebeos, pp. 113-14; Eutiquio, *Annales*, col. 1084 (refiere los tumultos de Tiro); *Chronicon Paschale*, p. 699 (atribuye el asesinato del patriarca a la soldadesca amotinada); Kulakovsky, «Crítica de pruebas en Teófanos» (en ruso), en *Vizantiiski Vremennik*, volumen XXI, pp. 1-14, e *Historia de Bizancio* (en ruso), vol III, pp. 12-15, que confronta la prueba y fija la fecha.

⁸ Antíoco el Estratega, pp. 9-15; Sebeos, pp. 130-1; Anon. *Guidi*, p. 3; *Chronicon Paschale*, pp. 704-5; Teófanos, ad. ann. 6106, pp. 300-1. El episodio de los mosaicos de Belén se halla en la carta de los patriarcas orientales a Teófilo, en Migne, *Patrologia Graeco-Latina*, vol. XCV, cols. 380-1.

Tres años después, los persas avanzaron hacia Egipto. En un año se convirtieron en sus dueños. Entretanto, por el norte, sus ejércitos habían alcanzado el Bósforo⁹.

La caída de Jerusalén fue un golpe terrible para la Cristiandad. El papel desempeñado por los judíos no se echó nunca en olvido ni fue jamás perdonado, y la guerra contra los persas cobró caracteres de guerra santa. Cuando al fin, en 622, Heraclio pudo tomar la ofensiva contra el enemigo, se consagró solemnemente, con su ejército, a Dios, y partió como guerrero cristiano que lucha contra el poder de las tinieblas. Las generaciones posteriores vieron en él al primero de los cruzados. Guillermo de Tiro, al escribir la historia de las Cruzadas cinco siglos más tarde, relata la guerra persa, y la traducción francesa antigua de su obra se conoció por el título de *Livre d'Eracles*¹⁰.

La Cruzada tuvo éxito. Tras muchas vicisitudes, tras muchos momentos de ansiedad y desesperación, Heraclio, al fin, derrotó a los persas en Nínive en diciembre de 627. A principios de 628 fue asesinado el rey Cosroes y su sucesor pidió la paz; sin embargo, no fue concertada hasta 629, año en que las provincias reconquistadas fueron devueltas al Imperio. En agosto, Heraclio celebró su victoria en Constantinopla. La primavera siguiente volvió a tomar la ruta del sur para recibir la Santa Cruz y trasladarla, con toda pompa, a Jerusalén.

Fue una escena conmovedora. Sin embargo, no les había ido mal a los cristianos de Oriente bajo el régimen persa. Cosroes retiró pronto su favor a los judíos e incluso los había expulsado de Jerusalén. Mientras su corte favorecía a los nestorianos, el monarca era, oficialmente, igual de benévolo hacia los monofisitas que hacia los ortodoxos. Les devolvió sus iglesias, las reconstruyó y, bajo su patrocinio, se celebró un concilio en Ctesifón, su capital, para discutir la unión de las sectas. La vuelta de la administración imperial, una vez apagado el primer entusiasmo, fue considerada como beneficiosa únicamente para los ortodoxos. Heraclio había heredado arcas vacías. Sólo pudo subvenir a los gastos de sus guerras gracias a un amplio préstamo que le hizo la Iglesia. El botín cogido a los persas no fue suficiente para devolver aquél. Los sirios y egipcios volvieron a sentirse obligados a pagar elevados impuestos y a ver cómo su dinero servía para aumentar los tesoros de la jerarquía ortodoxa¹¹.

Tampoco consiguió Heraclio resolver los asuntos mediante su política religiosa. En primer lugar, inició una acción contra los judíos. No había tenido nunca ninguna animosidad contra ellos; pero, hallándose disfrutando de la efectiva hospitalidad de un judío de Tiberíades cuando iba de camino a Jerusalén, se enteró con todos los detalles del

⁹ Para la historia de la guerra persa, véase Kulakovsky, *Historia de Bizancio*, vol. III, pp. 33-49; Ostrogorsky, *Geschichte des byzantinischen Staates*, pp. 51-66; Bréhier, *op. cit.*, pp. 79-101; Pernice, *L'Imperatore Eraclio*, pp. 58-179, *passim*.

¹⁰ Guillermo de Tiro, I, 1-2, vol. I, p. I, pp. 9-13. El título completo de la antigua traducción francesa es *L'Estoire de Eracles, Empereur, et la Conquête de La Terre d'Outremer*.

¹¹ El Concilio de Ctesifón se describe en Sebeos, pp. 189-92, y Anon. Guidi, p. 20. Éste tal vez exagera el papel de los nestorianos y su éxito.

papel desempeñado por ellos durante las invasiones persas. Impresionado también, quizá, por una inconcreta profecía que anunciaba que una raza circuncisa arruinaría el Imperio, ordenó el bautismo obligatorio de todos los judíos que vivieran dentro del territorio imperial y escribió a los reyes de Occidente instándoles a seguir el ejemplo. La orden fue imposible de ejecutar, pero dio a los celosos cristianos una excelente oportunidad para la matanza de la raza odiada. El único resultado final fue el de que aumentara el resentimiento de los judíos contra el gobierno imperial¹². Luego el Emperador se zambulló en las peligrosas aguas de la teología cristiana. El patriarca Sergio de Constantinopla, monofisita sirio de nacimiento, había desarrollado paulatinamente una doctrina que, según creía, podría reconciliar a monofisitas y ortodoxos. Heraclio la aprobó, y la nueva doctrina, conocida en la historia como *monoenergismo*, se promulgó en todo el Imperio en cuanto se terminaron las guerras persas. Mas, a pesar del apoyo del Emperador y del patriarca y de la cautelosa aprobación del Romano Pontífice, Honorio, la doctrina fue universalmente impopular. La jerarquía monofisita la rechazó en el acto. La mayoría de los ortodoxos, guiada por el gran místico Máximo el Confesor, en Constantinopla, y por Sofronio, en Oriente, la encontró inaceptable. Heraclio, con más entusiasmo que tacto, intentó tenazmente imponerla a todos sus súbditos. Aparte de sus cortesanos y de algunos armenios y libaneses, llamados más tarde maronitas, no ganó adeptos. Heraclio modificó posteriormente su doctrina; su *Ekthesis*, publicada en 638, propugnaba, también sin fruto, el monotelismo. Todo el episodio, que no acabó de aclararse hasta después del sexto Concilio ecuménico, en 680, no hizo más que contribuir a la amargura y confusión que estaban arruinando a los cristianos de Oriente¹³.

Cuando Heraclio se hallaba en Constantinopla, en 629, recibiendo embajadas de felicitación desde lugares tan distantes como Francia y la India, se dice que llegó para él una carta dirigida por un jefe árabe que se llamaba a sí mismo Profeta de Dios, y que rogaba en ella al Emperador a unirse a su fe. Cartas parecidas fueron enviadas a los reyes de Persia y de Abisinia y al gobernador de Egipto. La leyenda es probablemente apócrifa. No parece verosímil que Heraclio conociese por entonces los grandes acontecimientos que estaban revolucionando la península arábiga. A principios del siglo VII Arabia estaba ocupada por cierto número de tribus anárquicas e independientes, algunas nómadas, otras agrícolas y unas pocas que vivían en las ciudades comerciales situadas a lo largo de las rutas de las caravanas. Era un país idólatra. Cada zona tenía sus ídolos particulares, pero el más sagrado de todos era la *kaabah*, en La Meca, la ciudad comercial más importante. Sin embargo, la idolatría estaba declinando, ya que misioneros judíos, cristianos y zoroástricos habían laborado durante mucho tiempo en el país. Los zoroás-

¹² Una versión completa, con referencias, se halla en Bréhier, *op. cit.*, pp. 108-11. Teófanos, ad ann. 6120, pp. 328-9, y Eutiquio, col. 1089, son las fuentes principales. El decreto ordenando el bautismo de los judíos está recogido en Dölger, *Regesten*, núm. 206, vol. I, p. 24. Véase también la *Doctrina Jacobi*, editada por Bonwetsch, p. 88.

¹³ El mejor resumen sobre monoenergismo y monotelismo se halla en Bréhier, *op. cit.*, pp. 111-24, 160-200.

tricos sólo habían tenido éxito en la parte oriental del norte y más tarde en el sur. Los judíos tenían sus colonias en muchas ciudades de Arabia, especialmente en Medina, y habían logrado convertir a un cierto número de árabes. Los resultados más amplios correspondieron a los cristianos. El cristianismo ortodoxo tuvo sus secuaces en Sinaí y en Petra. Los nestorianos, igual que los zoroástricos, se hallaban donde había protección persa. Pero los monofisitas tenían congregaciones hasta los últimos confines de las grandes rutas de caravanas, incluso en el Yemen y el Hadramaut; al mismo tiempo, muchas tribus importantes en los límites del desierto, tales como los Banū Ghassan y los Banū Taghlib, eran todas monofisitas. Los mercaderes árabes, que viajaban a menudo por ciudades de Siria y Palestina y del Iraq, tuvieron muchas ocasiones para conocer las religiones del mundo civilizado; por otra parte, en la propia Arabia existía una antigua tradición monoteísta: la del *hanif*. Coincidió todo esto con una sensible necesidad de expansión en Arabia. Los exiguos recursos de la península, más exiguos aún desde que fueron destruidas las obras de regadío de los himiaritas, eran insuficientes para la creciente población. Según registra la Historia, las poblaciones desérticas han fluido constantemente hacia las tierras cultivadas de los contornos, y en ese momento la presión era particularmente fuerte¹⁴.

El genio tremendo y peculiar de Mahoma se adaptaba exactamente a estas circunstancias. Procedía de la ciudad santa de La Meca, y era un miembro pobre de su gran clan, los qoraishitas. Había viajado y visto el mundo y estudió sus religiones. Se sintió particularmente atraído por el cristianismo monofisita; pero la doctrina de la Trinidad parecía incompatible con el monoteísmo puro que él admiraba en la tradición del *hanif*. La doctrina que él mismo desarrolló, si bien no rechazaba categóricamente el cristianismo, fue una forma modificada y simplificada mucho más aceptable para su pueblo. Su éxito como jefe religioso se debió, sobre todo, a su completo conocimiento de los árabes. El más capacitado con mucho entre todos ellos, supo distinguir claramente entre sus sentimientos y sus prejuicios. Además, poseía un tacto político extraordinario. Este conjunto de cualidades le permitió, en el plazo de diez años, construir de la nada un imperio que estaba en condiciones de conquistar el mundo. En 622, año de la Hégira, sus únicos secuaces eran los que convivían con él y un pequeño grupo de amigos. En 632, año de su muerte, era el señor de Arabia, y sus ejércitos estaban trasponiendo las fronteras. El surgimiento repentino de aventureros no es raro en Oriente, aunque su caída suele ser igual de repentina. Mahoma, sin embargo, dejó una organización duradera, cuya permanencia estaba garantizada por el Corán. Esta destacada obra, reunida por el Profeta como la Palabra de Dios, no sólo contiene máximas e historias edificantes, sino también las normas para la conducta en la vida y para el gobierno de un imperio, y un completo código de leyes. Era lo suficientemente sencillo para que lo aceptaran sus contemporáneos árabes, y a la vez lo suficientemente universal para cubrir las necesidades

¹⁴ Véase Browne, *op. cit.*, cap. I, y Lammens, *L'Arabie Occidentale avant l'Hégire*, *passim*.

del gran imperio que iban a construir sus sucesores. En efecto, la fuerza del islam radica en su sencillez. Había un Dios en el cielo, un jefe de los fieles para reinar en la tierra y una ley, el Corán, por la cual reinaría. Al contrario del cristianismo, que siempre predicó una paz que nunca logró, el islam se presentó, sin rubor alguno, con un alfanje¹⁵.

El alfanje atacó a las provincias del Imperio romano incluso en vida del Profeta, con algunas pocas incursiones, y no muy victoriosas, en Palestina. Bajo el mando del sucesor de Mahoma, Abu Bakr, la política de expansión se hizo evidente. La conquista de Arabia se completó mediante la expulsión de los persas de su colonia de Bahrein, mientras un ejército árabe pasó por Petra, la ruta comercial de la costa meridional de Palestina, derrotando al gobernador local, Sergio, en alguna parte próxima al mar Muerto, y avanzó hacia Gaza, que se rindió después de un breve asedio. Los ciudadanos fueron tratados con benevolencia, pero los soldados de la guarnición se convirtieron en los primeros mártires cristianos de las armas del islam¹⁶.

En 634, Omar sucedió a Abu Bakr, heredando también su decisión de extender el poder musulmán. Entretanto, el emperador Heraclio, que estaba aún en la Siria septentrional, se convenció de que había que tomar en serio las invasiones árabes. Estaba escaso de fuerzas humanas. Las pérdidas durante la guerra persa habían sido muy graves. Desde el final de la contienda había licenciado muchos regimientos por razones de economía, y no existía entusiasmo por entrar en el ejército. Por todo su Imperio había extendido esa atmósfera de fatiga y pesimismo que, tras una guerra larga y dura, invade frecuentemente tanto a los vencedores como a los vencidos. A pesar de esto, envió a su hermano Teodoro al frente de las tropas de la provincia de Siria para restablecer el orden en Palestina. Teodoro se enfrentó con los dos ejércitos árabes principales en Gabatha o Ajnadain, al suroeste de Jerusalén, y sufrió una derrota total. Los árabes, seguros en la Palestina meridional, avanzaron luego hacia la ruta comercial que corría al oeste del Jordán, hacia Damasco y el valle del Orontes. Tiberíades, Baalbek y Homs fueron cayendo en sus manos sin combate, y Damasco capituló, tras un breve sitio, en agosto de 635. Heraclio empezó a alarmarse seriamente. Con alguna dificultad envió dos ejércitos hacia el sur. Uno se había formado con levas armenias, al mando del príncipe armenio Vahan, y con gran número de árabes cristianos, capitaneados por un jeque de los Banū Ghassan. El otro lo mandaba Teodoro Tritirio y constaba de tropas muy mezcladas. Ante las noticias de su aproximación, los musulmanes evacuaron el valle del Orontes y Damasco y se retiraron hacia el Jordán. Tritirio los alcanzó en Jabbia, en el Hauran,

¹⁵ La relación crítica más completa sobre Mahoma y el comienzo del islam se halla en Caetani, *Annali del' Islam*, vol. I. Véase también el artículo «Muhammed», de Buhl, en la *Encyclopaedia of Islam*. Para un examen de la influencia de los monofisitas sobre el islam, véase Grégoire, «Mahomet et le Monophysisme», en *Mélanges Charles Diehl*, vol. I, pp. 107-19.

¹⁶ Teófanos, ad ann. 6123-4, pp. 335-6; «Tomás el Presbítero», en *Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium, Scriptores Syri*, vol. IV, p. 114; Miguel el Sirio, vol. II, p. 413. El relato de los mártires de Gaza se halla en *Pasio LX Martyrum et Legenda Sancti Floriani*, ed. por Delehaye en *Analecta Bollandiana*, vol. XXI-II, pp. 289-307.

pero fue derrotado. Consiguió, sin embargo, conservar una posición sobre el río Yarmuk, al suroeste del mar de Galilea, hasta que se le pudo reunir el ejército de Vahan. Allí, el 20 de agosto de 636, en medio de una cegadora tempestad de arena, fue librada la batalla decisiva. Los cristianos tenían el ejército más numeroso; pero los árabes eran superiores en la maniobra; y, en medio del combate, el príncipe ghassanida y doce mil árabes cristianos se pasaron al enemigo. Eran monofisitas y odiaban a Heraclio; y la soldada se les debía desde varios meses. La traición fue fácilmente preparada. Aseguró el éxito. La victoria musulmana fue completa. Tiritio y Vahan murieron con casi todos sus hombres. Palestina y Siria yacían abiertas a los conquistadores¹⁷.

Heraclio hallábase en Antioquía cuando le llegaron las noticias de la batalla. Estaba totalmente abatido; era la mano de Dios la que se abría para castigarle por su matrimonio incestuoso con su sobrina Martina. No tenía ya ni los hombres ni el dinero para seguir defendiendo la provincia. Después de celebrar solemnes rogativas en la catedral de Antioquía, se dirigió hacia la costa y embarcó para Constantinopla, exclamando amargamente, cuando se alejaba de la playa: «Adiós, un largo adiós a Siria»¹⁸.

Los árabes ocuparon rápidamente todo el país. Los cristianos heréticos se sometieron a ellos sin vacilación. Los judíos les prestaron ayuda activa, sirviéndoles de guías. Solamente en las dos grandes ciudades de Palestina, Cesarea y Jerusalén, hubo una resistencia organizada, igual que en las fortalezas de Pella y Dara, en la frontera persa. En Jerusalén, ante las noticias del Yarmuk, Sofronio había reparado las defensas de la ciudad. Después, conociendo que el enemigo había llegado a Jericó, recogió las santas reliquias de Cristo y las envió de noche hasta la costa para que fueran trasladadas a Constantinopla. No deberían caer nunca más en manos de infieles. Jerusalén soportó un sitio de más de un año. Cesarea y Dara resistieron hasta 639. Por entonces eran posiciones aisladas. La metrópoli de Oriente, Antioquía, había caído el año anterior; y todo el país, desde el istmo de Suez hasta las montañas de Anatolia, estaba en manos de los musulmanes¹⁹.

¹⁷ Para la batalla de Ajnadain, Teófanos, ad ann. 6125, pp. 336-7; Sebeos, p. 165. Teófanos llama al lugar de la batalla «Gabitha»; Sebeos, cuyo relato es algo confuso, «Rabboth-Moab». Para la batalla del Yarmuk, Teófanos, ad ann. 6126, pp. 337-8; Nicéforo, pp. 23-4; Miguel el Sirio, vol. II, pp. 420-4; Sebeos, pp. 166-7; Eutiquio, col. 1097. Las fuentes árabes se hallan resumidas en Pernice, *op. cit.*, pp. 279-81 (véase también *ibid.*, p. 321, sobre la localidad de la batalla).

¹⁸ El relato de las rogativas celebradas por Heraclio y de la despedida se halla en Miguel el Sirio, vol. II, p. 424, quien le acusa injustamente de haber saqueado los tesoros de las ciudades sirias antes de partir. La tradición de su derrotismo se repite en Agapius, *Kitah al-Unvan*, p. 471, donde se dice que se negó a combatir contra la voluntad de Dios. Según Nicéforo, p. 23, Teodoro atribuía los desastres al matrimonio incestuoso del Emperador con su sobrina.

¹⁹ Véase Caetani, *op. cit.*, vol. III, pp. 1119 y ss., y De Goeje, *Mémoire sur la Conquête de la Syrie, passim*; Pernice, *op. cit.*, pp. 267-89; Kulakovsky, *op. cit.*, vol. III, pp. 152-6. El papel desempeñado por los judíos se destaca en todas las fuentes originarias, especialmente Sebeos, pp. 173-4, y en la *Doctrina Jacobi*, pp. 86-8, escrita por un judío de Constantinopla que se hallaba por entonces en Cartago.

Entretanto, habían destruido al antiguo rival de Roma, Persia. Su victoria en Kadesiah, en 637, les dio el dominio del Iraq, y una nueva victoria, al año siguiente, en Nakhavend, los convirtió en dueños de la meseta irania. El rey Yazdegerd III, el último de los sasánidas, resistió en Khorassan hasta 651. Por entonces los árabes habían llegado a sus fronteras orientales sobre el Oxus y las colinas de Afghan²⁰.

En diciembre de 639, el general musulmán 'Amr, con cuatro mil hombres, invadió Egipto. La administración de la provincia había sido caótica desde el fin de la ocupación persa; y el entonces gobernador, el patriarca Ciro, de Alejandría, no era menos estulto que corrupto. Converso procedente del nestorianismo, había sido constituido en el principal seguidor de las doctrinas monotelitas del Emperador, que pretendía imponer a los mal dispuestos coptos. Tan odiado era su gobierno, que a 'Amr no le costó esfuerzo alguno el encontrar aliados entre sus súbditos. A principios de 640, 'Amr entró en la gran fortaleza fronteriza de Pelusio, después de un sitio de dos meses. Allí recibió refuerzos del Califa. Después avanzó sobre Babilonia (antigua Cairo), donde se había concentrado la guarnición imperial. Una batalla en Heliópolis, en agosto de 640, obligó a los romanos a retirarse a la ciudadela de Babilonia, que resistió hasta abril de 641. Entretanto, los árabes ocuparon el Egipto superior. Caída Babilonia, 'Amr marchó, a través del Fayyum, de donde habían huido el gobernador y la guarnición, hacia Alejandría. Ciro había sido llamado ya a Constantinopla, donde existían justificadas sospechas de presuntos acuerdos traidores con 'Amr. Pero Heraclio murió en febrero, y su viuda, la emperatriz regente Martina, sentíase demasiado insegura en Constantinopla como para pensar en defender Egipto. Ciro fue enviado de nuevo a Egipto para llegar a los acuerdos que pudiera. En noviembre visitó a 'Amr en Babilonia y firmó la capitulación de Alejandría. Mas, entre tanto, Martina había sido destronada y el nuevo gobierno no reconoció a Ciro ni la validez de su tratado. 'Amr, por su parte, ya había roto el convenio al invadir la Pentápolis y Tripolitania. Parecía, no obstante, imposible mantener Alejandría, cuando todo el resto de Egipto se hallaba ya en manos árabes. La ciudad capituló en noviembre de 642. Pero aún no se había perdido toda esperanza. En 644 llegaron noticias de que 'Amr había caído en desgracia y que se le había llamado a Medina. Un nuevo ejército fue enviado por mar, desde Constantinopla, y sus fuerzas recuperaron fácilmente Alejandría, a principios de 645, y marcharon después sobre Fostat, la capital que 'Amr había fundado cerca de Babilonia. 'Amr regresó a Egipto y derrotó a las fuerzas imperiales cerca de Fostat. Su general, el armenio Manuel, se replegó sobre Alejandría. Decepcionado por la total indiferencia de la población cristiana ante su intento de reconquistar el país para la Cristiandad, no hizo ningún esfuerzo por defender la ciudad, sino que se embarcó con rumbo a Constantinopla. El patriarca copto Benjamín devolvió a 'Amr la ciudad de Alejandría²¹.

²⁰ Caetani, *op. cit.*, vol. III, pp. 629 y ss.; Christensen, *L'Iran sous les Sassanides*, pp. 494-503.

²¹ Bréhier, *op. cit.*, pp. 134-8, 152-5; Amélineau. «La Conquête de l'Égypte par les Arabes», en la *Revue Historique*, vol. CXIX, pp. 275-301. El relato completo que se halla en Butler, *The Arab Conquest of Egypt*, aunque superado en algunos aspectos, es aún útil.

Egipto se perdió para siempre. Hacia el 700, el África romana había pasado a manos de los árabes. Once años después ocuparon España. En el año 717, su imperio se extendía desde los Pirineos a la India central y sus guerreros estaban martilleando las murallas de Constantinopla.

El reinado del Anticristo

[...] en nuestro puesto de espera aguardamos a un pueblo
que no nos podía salvar.

(Lamentaciones, 4, 17.)

Los cristianos de Oriente aceptaron de buen grado la dominación de sus señores, los infieles. Realmente, no podían hacer otra cosa. Había poca probabilidad ahora de que Bizancio pudiera resurgir, como en los días de los persas, para rescatar los Santos Lugares. Los árabes, más prudentes que los persas, no tardaron en construir una flota, con base en Alejandría, que privó a los bizantinos de su activo más importante, el dominio de los mares. En tierra podrían retener la ofensiva cerca de tres siglos. Parecía insensato esperar el rescate por parte de los príncipes de la Cristiandad.

Tampoco las sectas heréticas hubiesen recibido bien el rescate. El cambio de gobierno les había proporcionado alivio y satisfacción. El patriarca jacobita de Antioquía, Miguel el Sirio, escribiendo cinco siglos después, en la época de los reinos latinos, reflejaba la vieja tradición de su pueblo diciendo que «el dios de la venganza, el único todopoderoso..., hizo surgir del sur a los hijos de Ismael para librarnos, gracias a ellos, del poder de los romanos». Esta liberación, añadía, «no era poca ventaja para nosotros»²². Los nestorianos coincidían en estas opiniones. «Los corazones de los cristianos —escribía un anónimo cronista nestoriano— se regocijaron con la dominación de los árabes: ¡que Dios la fortalezca y la haga prosperar!»²³. Los coptos de Egipto tenían más sentido crítico; pero su animosidad se dirigió contra el cruel conquistador 'Amr, y contra su espíritu traidor y sus exacciones, más que contra su pueblo y su religión²⁴. Incluso los ortodoxos, considerándose libres de la persecución que temían y pagando impuestos que, a pesar de la *jizya* exigida a los cristianos, eran mucho más bajos que los de tiempos bizantinos, se hallaban poco inclinados a discutir su suerte. Algunas tribus de las montañas, los mardaitas del Líbano y del Tauro, sostuvieron la lucha; sin embargo, luchaban más por espíritu de desobediencia y de orgullo que por la fe²⁵.

²² Miguel el Sirio, vol. II, pp. 412-13 (texto sirio, p. 412).

²³ *Crónica de Seert*, parte II, § XCIV, en. *Patrologia Orientalis*, vol. XIII, p. 582.

²⁴ Juan de Nikiu, pp. 195, 200-1.

²⁵ La anarquía de los mardaitas en tiempos del califa Moawiya se describe en Teófanos, ad ann. 6169, p. 355 (véase también Sathas, *Bibliotheca Graeca Medii Aevi*, vol. II, pp. 45 y ss.).

La conquista árabe aspiró a mantener permanentemente a las iglesias de Oriente en las mismas condiciones en que se hallaban entonces. Al contrario de lo que hizo el Imperio cristiano, que intentó imponer por la fuerza la uniformidad religiosa a todos sus ciudadanos —ideal nunca alcanzado, pues los judíos ni pudieron ser convertidos ni expulsados—, los árabes, igual que antes los persas, estaban dispuestos a aceptar minorías religiosas, con tal de que pertenecieran a un pueblo de las Escrituras. Los cristianos, juntamente con los judíos y los seguidores de Zoroastro, llegaron a ser *dhimmis*, o pueblos protegidos, y la libertad de culto estaba garantizada por el pago de la *jizya*, que empezó por ser un impuesto de capitación, aunque pronto se transformó en un impuesto para obtener la exención del servicio militar, y al cual se agregó un nuevo impuesto territorial, el *kharaj*. Cada secta recibía el trato de *milet*, es decir, de comunidad semiautónoma dentro del Estado, y se hallaba bajo el mando de su jefe religioso, el cual era responsable de la buena conducta de sus fieles ante el gobierno del Califa. Cada una de las comunidades podía seguir conservando los lugares de culto que hubiese poseído en la época de la conquista, disposición que fue mucho más favorable para los ortodoxos que para los cristianos heréticos, pues Heraclio había restaurado recientemente muchas iglesias para aquéllos. La última ordenanza no fue observada estrictamente. Los musulmanes se apropiaron de ciertas iglesias cristianas, tales como la gran catedral de San Juan, en Damasco, y periódicamente destruían muchas otras; al mismo tiempo se construían continuamente iglesias y sinagogas en gran número. En efecto, los juristas musulmanes posteriores concedieron a los *dhimmis* el derecho a construir edificios y templos, siempre que no fueran más altos que los musulmanes y que el tañido de sus campanas y el culto no llegaran a ser oídos por los musulmanes. No hubo, sin embargo, ningún relajamiento en la norma de que los *dhimmis* llevaran atavíos distintivos y en la que les prohibía montar a caballo; tampoco podían, en ningún caso, ofender públicamente las prácticas musulmanas, ni intentar convertir musulmanes, ni casarse con sus mujeres, ni hablar con ligereza del islam; y tenían que permanecer leales al Estado²⁶.

El sistema del *milet* establecía una concepción algo distinta de lo que se había entendido por nacionalidad. El nacionalismo en Oriente estuvo basado, durante muchos siglos, no en una raza, salvo en el caso de los judíos, cuyo exclusivismo religioso había conservado su sangre casi pura, sino en una tradición cultural y en posiciones geográficas e intereses económicos. Ahora la fidelidad a una religión se convertía en el sustitutivo de la lealtad nacional. Un egipcio, por ejemplo, no se consideraba como ciudadano de Egipto, sino como musulmán, como copto o como ortodoxo, según el caso. Era su religión o su *milet* lo que determinaba su fidelidad. Esto daba a los ortodoxos una ventaja sobre las sectas heréticas. Eran conocidos aún como *melquitas*, los hombres del Emperador; y ellos se consideraban a sí mismos como tales. Una necesidad cruel podía ha-

²⁶ *Encyclopaedia of Islam*, artículos «Djizya», de Becker, y «Kharadj», de Juyn Boli; Browne, *op. cit.*, cap. V; Tritton, *The Caliphs and their non-Muslim Subjects*, cap. XV; Vincent y Abel, *op. cit.*, vol. II, pp. 935-44.

berlos colocado bajo el dominio del infiel, cuyas leyes estaban obligados a obedecer; pero el Emperador era el virrey de Dios en la tierra y su verdadero soberano. San Juan Damasceno, que fue funcionario civil en la corte del Califa, siempre se dirigía al Emperador, aunque estaba en violento desacuerdo con él en materias de teología, como a su señor y dueño, mientras aludía a su jefe efectivo solamente con el título de emir. Los patriarcas orientales, escribiendo en el siglo IX al emperador Teófilo para protestar contra su política religiosa, usaban términos análogos. Los emperadores aceptaron la responsabilidad. En todas sus guerras y relaciones diplomáticas con los califas no perdían de vista el bienestar de los ortodoxos allende sus fronteras. No era una cuestión administrativa. No podían inmiscuirse en el gobierno cotidiano en países musulmanes; ni tampoco tenía jurisdicción alguna el patriarca de Constantinopla sobre sus colegas orientales. Era una expresión sentimental, no obstante poderosa, de la continuidad de la idea de que el cristianismo era uno e indivisible, y de que el emperador era el símbolo de su unidad²⁷.

Las iglesias heréticas no contaban con semejante protector secular. Dependían por completo de la buena voluntad del Califa, y, en consecuencia, se vieron afectados su influencia y su prestigio. Por otra parte, sus herejías se habían debido, en su origen, al deseo de los orientales de simplificar el credo y las prácticas del cristianismo. El islam, que estaba lo suficientemente cerca de la doctrina cristiana como para que muchos lo considerasen nada más que como una forma avanzada del cristianismo, y que ahora tenía la gran ventaja social de ser la fe de la nueva clase gobernante, resultó fácilmente aceptable para muchos de ellos. No hay ninguna prueba de que hubiese habido muchos conversos del cristianismo al islam; pero es evidente que la gran mayoría de estos conversos fue arrancada del campo de las herejías y no del de los ortodoxos. Al cabo de un siglo de la conquista, Siria, cuya población había sido predominantemente cristiana herética, era casi totalmente un país musulmán; sin embargo, el número de ortodoxos se había reducido muy poco. En Egipto, los coptos, a causa de su riqueza, perdieron terreno menos rápidamente; no obstante, era una batalla perdida. Por otra parte, la existencia continuada de los herejes estaba asegurada por el sistema de *milet*, que, al estabilizar su posición, hizo imposible cualquier unión de las iglesias.

El crecimiento del islam en Siria y Palestina no se debió a la súbita afluencia de árabes del desierto. Los ejércitos de los conquistadores no habían sido muy numerosos. No disponían de mucho más que de una casta militar superpuesta a la población existente. La composición racial de los habitantes del país había cambiado notablemente. Los ciudadanos y los aldeanos, tanto si aceptaban el islam como si seguían siendo cristianos, pronto adoptaron la lengua árabe para todos los asuntos corrientes; y nosotros llamamos ahora a sus descendientes, por antonomasia, árabes; pero estaban formados por una mezcla de muchas razas, de las tribus que habían habitado en el país mucho antes

²⁷ Véase Runciman, «The Byzantine 'Protectorate' in the Holy Land», en *Byzantion*, vol. XVIII, pp. 207-15.

de que Israel saliera de Egipto, amalekitas, o jebuseos, o moabitas, o fenicios, y de tribus como los filisteos, que habían estado casi al mismo tiempo, y de los arameos, que, a través de lo que registra la Historia, habían penetrado lenta y casi imperceptiblemente en el país en la zona agrícola, y de aquellos judíos que, como los primeros apóstoles, habían abrazado la Iglesia de Cristo. Únicamente los judíos practicantes permanecían etnológicamente diferenciados, y también su pureza racial se hallaba levemente menoscabada. En Egipto, el tronco hamítico estaba menos mezclado; pero se había aumentado por matrimonios entre nativos e inmigrantes de Siria, de los desiertos, del Nilo superior y de las costas de toda la cuenca mediterránea.

La inmigración árabe había llegado inevitablemente a su punto culminante en las zonas limítrofes con el desierto y en las ciudades surgidas a lo largo del itinerario de las rutas de las caravanas. La decadencia de los mediterráneos en el comercio marítimo, como consecuencia de la conquista, dio a estas ciudades, de preponderante población musulmana, una importancia mayor que la de las ciudades helenísticas próximas a la costa. Alejandría era el único gran puerto que los árabes mantenían en el Mediterráneo. Allí, y en las ciudades helenísticas de Siria, los cristianos seguían siendo muchos, tal vez más numerosos que los musulmanes. Había, aproximadamente, la misma diferencia en el campo sirio. Las llanuras y los valles del interior fueron haciéndose, de manera creciente, musulmanes; pero entre el Líbano y el mar predominaban varias sectas cristianas. En Egipto se advirtió una diferencia más acusada entre la ciudad y el campo. Los *fellahas* fueron gradualmente convertidos al islam, pero los habitantes de las ciudades seguían siendo, en su mayoría, cristianos. En Palestina la diferenciación era más arbitraria. Mientras gran parte del campo abrazó el islamismo, muchas aldeas se aferraban a la antigua fe. Ciudades de especial significación para los cristianos, tales como Nazaret o Belén, eran casi exclusivamente cristianas; y en la misma Jerusalén, a pesar del interés de los musulmanes por ella, los cristianos seguían siendo mayoría. Los cristianos de Palestina eran casi todos del *milet* ortodoxo. Además, había importantes colonias de judíos en Jerusalén y en varias ciudades menores, como Safed y Tiberíades. La principal ciudad musulmana era la nueva capital administrativa, Ramleh. La población de Siria, Palestina y Egipto permaneció agrupada en este esquema aproximativo durante los cuatro siglos siguientes²⁸.

El quinto de los califas, Moawiya el Omeya, había sido gobernador de Siria, y, después de su subida al trono en el año del Señor de 660, estableció su capital en Damasco. Sus descendientes reinaron en la nueva capital cerca de un siglo. Fue aquél un período de prosperidad para Siria y Palestina. Los califas omeyas fueron, con escasas excepciones, hombres de una capacidad poco corriente y de una tolerancia amplísima. La pre-

²⁸ Para la estructura de la sociedad en Palestina y Siria bajo los califas, véase Le Strange, *Palestine under the Moslems, passim*; Gaudefroy-Demombynes y Platonov, *Le Monde Musulman*, pp. 233-47; Browne, *op. cit.*, cap. V; O'Leary, *How Greek Science passed to the Arabs*, pp. 135-9.

sencia de su corte en la provincia aseguró a ésta un buen gobierno y una intensa actividad comercial, y dieron alas a la cultura con que se habían encontrado. Era ésta una cultura helenístico-cristiana, influida por gustos e ideas que solemos asociar con el nombre de Bizancio. Los cristianos de habla griega fueron empleados como funcionarios. Durante muchas décadas las cuentas del Estado se llevaron en griego. Artistas y artesanos cristianos trabajaban para los califas. La Cúpula del Peñasco, en Jerusalén, terminada para el califa Abdul-Malik, en 691, es el ejemplo, supremo del estilo de rotunda en edificios de la arquitectura bizantina. Sus mosaicos y los aún más hermosos del patio de la Gran Mezquita de Damasco, ejecutados para su hijo, Walid I, se hallan entre los logros más refinados del arte bizantino. Hasta qué punto fueron la obra de artesanos nativos y hasta qué punto recibieron la ayuda de técnicos y material que Walid importó con toda seguridad de Bizancio, es un tema sujeto a discusión. Estos mosaicos respetaban cuidadosamente la prohibición del Profeta de representar seres vivos. Pero en sus palacios campestres, discretamente apartados de los ojos de los inflexibles *mullahs* —por ejemplo, en el cazadero de Kasr al-Amra, en las estepas más allá del Jordán—, los omeyas permitieron libremente la pintura de frescos representando la forma humana, incluso el desnudo. Su gobierno, en efecto, no constituyó ninguna interrupción en el Oriente Medio para el desarrollo de la cultura helenística; ésta llegó entonces a su más espléndido, si bien último, florecimiento²⁹.

Los cristianos no tenían, por tanto, ningún motivo para lamentar el triunfo del islam. A pesar de algún breve y circunstancial conato de persecución, y a pesar de algunas ordenanzas humillantes, habían salido mejor parados que bajo el gobierno de los emperadores cristianos. El orden se mantenía mejor. El comercio marchaba bien y los impuestos eran muchísimo más bajos. Además, durante la mayor parte del siglo VIII, el Emperador cristiano era un hereje, un iconoclasta, un opresor de todos los ortodoxos que rendían culto a las imágenes sagradas. Los buenos cristianos eran más felices bajo el gobierno de los infieles.

Pero este período de felicidad no duró mucho. La decadencia de los omeyas y las guerras civiles que dieron como resultado el establecimiento de los califas abasidas en Bagdad, en 750, llevaron el caos a Siria y Palestina. Gobernadores locales, sin escrúpulos e incontrolados, sacaban dinero de la confiscación de iglesias, que después tenían que rescatar los cristianos. Se produjeron oleadas de fanatismo, con persecuciones y conversiones forzadas³⁰. La victoria de los abasidas significó la vuelta al orden; pero existía una diferencia. Bagdad estaba lejos. Había menos vigilancia sobre la administra-

²⁹ Para la civilización omeya, véase Diehl y Marçais, *Le Monde Oriental de 395 à 1081*, pp. 335-44, y Lamens, *Études sur la Siècle des Ommayades*. Para su arte, véase Creswell, *Early Muslim Architecture*, especialmente el cap. V, sobre los mosaicos, de M. van Berchem. Para edificios aislados, véase Richmond, *The Dome of the Rock*, y los dos volúmenes *Kuseir Amra*, publicados por la Kaiserliche Akademie der Wissenschaften de Viena.

³⁰ Diehl y Marçais, *op. cit.*, pp. 345-8; Gaudefroy-Demombynes y Platonov, *op. cit.*, pp. 260-8.

ción provincial. El comercio era aún activo a lo largo de las rutas de las caravanas; pero no había grandes mercados para darle impulso local. Los abasidas eran, como musulmanes, más rígidos que los omeyas. Eran menos tolerantes con los cristianos. Aunque también ellos provenían de una cultura anterior, ésta no era helenística, sino persa. Bagdad se hallaba en el antiguo territorio del reino sasánida. Los persas recibieron los primeros puestos en el gobierno. Se adoptaron los ideales persas en el arte y las costumbres persas en la vida cotidiana. Igual que con los omeyas, siguieron utilizándose funcionarios cristianos. Pero estos cristianos eran, con pocas excepciones, nestorianos, cuya mirada se dirigía hacia Oriente y no hacia Occidente. La corte abasida tenía, en conjunto, más interés por las cuestiones intelectuales que la de los omeyas. Los nestorianos se aplicaron libremente a la traducción de obras filosóficas y técnicas de la antigua Grecia; y se fomentó la venida de científicos y matemáticos de Bizancio, para enseñar en las escuelas de Bagdad. Pero este interés no pasaba de ser superficial. La civilización abasida no se sintió fundamentalmente interesada por el pensamiento griego, sino más bien siguió las tradiciones recibidas de los reinos de Mesopotamia y de Irán. Únicamente en España, adonde habían ido a refugiarse los omeyas, siguió perviviendo el helenismo dentro del mundo musulmán.

No obstante, los cristianos, en su mayoría, no fueron desgraciados bajo los abasidas. Algunos escritores musulmanes, tales como al-Jahiz, en el siglo IX, les dirigieron violentos ataques; pero esto se debía a que eran demasiado prósperos y se habían vuelto arrogantes y descuidaban las ordenanzas promulgadas contra ellos³¹. El patriarca de Jerusalén, escribiendo por la misma época a su colega de Constantinopla, dice de las autoridades musulmanas que «son justas y no nos hacen ningún daño ni nos muestran ninguna violencia»³². Su justicia y comedimiento eran a menudo notables. Cuando, en el siglo X, las cosas iban mal para los árabes en sus guerras contra Bizancio, y la masa árabe atacaba a los cristianos, airada por su notoria simpatía hacia el enemigo, los califas siempre les indemnizaban por los daños recibidos. La razón habría podido ser el miedo al renaciente poder del Emperador, que por entonces tenía dentro de sus dominios a muchos musulmanes, a los que podía perseguir, en venganza³³. Las iglesias ortodoxas, apoyadas por potencias extranjeras, habían tenido siempre una posición privilegiada. A principios del siglo X, el católico nestoriano Abraham III, durante una discusión con el patriarca ortodoxo de Antioquía, dijo al gran visir: «Nosotros los nestorianos somos amigos de los árabes y rezamos por sus victorias», agregando: «Dios os libre de considerar a los nestorianos, que no tienen más rey que el de los árabes, igual que a los griegos,

³¹ Al-Jahiz, *Three Essays*, ed. de Finkel, p. 18. Labourt, *De Timotheo I, Nestorianorum Patriarcha*, pp. 33-4, nos da noticias de la influencia ejercida por los nestorianos en la corte del Califa.

³² Carta de Teodosio de Jerusalén a Ignacio de Constantinopla, en Mansi, *Concilia*, vol. XVI, pp. 26-7.

³³ En 923 y 924 las turbas musulmanas destruyeron iglesias cristianas ortodoxas en Ramleh, Ascalón, Cesarea y Damasco; a consecuencia de ello, el califa al-Muqtadir ayudó a los cristianos a reconstruirlas (Eutiquio, col. 1151).

cuyos reyes no dejan nunca de hacer la guerra contra los árabes»³⁴. Pero fue el donativo de dos mil monedas de oro, más que su dialéctica, lo que le permitió ganar su causa. El único grupo de cristianos contra el que se mostraba una continua animosidad era el de cristianos descendientes de árabes puros, tales como los Banū Ghassan o los Banū Tanūkh. Los miembros de esas tribus, cuando se negaban a convertirse a la fuerza al islam, eran obligados a cruzar la frontera y buscar asilo en Bizancio³⁵.

La emigración de cristianos al territorio del Emperador era incesante; los musulmanes tampoco tomaron ninguna medida para frenarla. Parece ser que no ha existido nunca un intento continuado de impedir a los cristianos, dentro y fuera del Califato, mantener relaciones estrechas entre sí, incluso en tiempos de guerra. Durante la mayor parte del período abasida, el emperador de Bizancio no fue lo suficientemente fuerte para poder hacer algo en favor de sus hermanos de religión. El fracaso árabe a las puertas de Constantinopla en 718 aseguró la continuidad del Imperio; pero pasaron dos siglos antes de que Bizancio pudiese tomar la ofensiva en serio contra los árabes. Entretanto, los ortodoxos de Oriente habían descubierto un nuevo amigo extranjero. El desarrollo del Imperio carolingio en el siglo VIII no pasó inadvertido para Oriente. Cuando, a finales del siglo, Carlomagno, en vísperas de ser coronado emperador en Roma, mostraba un interés especial por la paz en los Santos Lugares, su preocupación fue muy bien recibida. El califa Harun al-Rashid, satisfecho de hallar un aliado contra Bizancio, le dio toda suerte de alientos para hacer fundaciones en Jerusalén y para enviar limosnas a su Iglesia. Durante algún tiempo, Carlos reemplazó al emperador bizantino como monarca cuyo poder constituía la salvaguardia de los ortodoxos en Palestina, y ellos correspondían a su caridad enviándole expresiones honoríficas de su estimación. Pero el colapso de su Imperio bajo sus sucesores y el renacimiento de Bizancio hicieron que la intervención franca tuviera corta vida y que fuese pronto casi olvidada, salvo por los albergues que había construido Carlos, por el culto latino de la iglesia de Santa María de los Latinos y por las monjas latinas que servían en el Santo Sepulcro. El episodio, en cambio, no fue jamás relegado al olvido en Occidente. La leyenda y la tradición lo exageraron. Pronto se pensó que Carlos había establecido un protectorado legal sobre los Santos Lugares, e incluso se le atribuyó en tiempos una peregrinación a Tierra Santa. Para los francos de generaciones posteriores, su derecho a reinar en Jerusalén había sido evidente y firme³⁶.

Los cristianos orientales estaban más interesados en el renacer del poder bizantino. A principios del siglo IX, el Imperio se hallaba aún a la defensiva. Sicilia y Creta se abandonaron a los musulmanes, y casi todos los años se producía alguna incursión árabe de importancia hasta el corazón del Asia Menor. A mediados del siglo, sobre todo debido

³⁴ Bar Hebraeus, citado en Assemani, *Bibliotheca Orientalis*, vol. II, pp. 440-1.

³⁵ Baladhuri, texto árabe, p. 142, trad. de Hitti y Murgotten, pp. 208-9. Véase Nau, *Les Arabes Chrétiens de Mésopotamie et de Syrie*, pp. 106-11.

³⁶ Véase Runciman, «Charlemagne and Palestine», en *English Historical Review*, vol. L, pp. 606 y ss.

a la prudente administración de la emperatriz regente, Teodora, la flota bizantina fue reorganizada y equipada de nuevo. Gracias a su poder, el dominio bizantino sobre la Italia meridional y Dalmacia se reafirmó pronto. A principios del siglo x, el Califato abasida empezó a decaer rápidamente. Surgieron dinastías locales, de las que eran las principales los hamdanidas de Mosul y Alepo y los ikshiditas de Egipto. Los primeros eran excelentes guerreros y musulmanes fervorosos, y durante una época constituyeron un baluarte contra la agresión bizantina. Pero no podían detener el declive del poder musulmán. Antes bien, lo fomentaron por las guerras civiles. En el curso de ellas, los ikshiditas se hicieron con el dominio de Palestina y de la Siria meridional. Los bizantinos se apresuraron a sacar ventaja de la situación. Al principio, su ofensiva fue cautelosa; pero hacia 945, a pesar de la destreza del príncipe hamdanida Saif ad-Daula, el general bizantino Juan Curcuas había ganado para el Imperio ciudades y regiones en la Mesopotamia superior que desde hacía tres siglos no habían visto un ejército cristiano³⁷. Después de 960, cuando el gran soldado Nicéforo Focas tomó el mando del ejército imperial, las cosas fueron más de prisa. En 961, Nicéforo reconquistó Creta. En 962 hizo campañas en la frontera ciliciana y ocupó Anazarbus y Marash (Germanicea), aislando así a la Cilicia musulmana. En 963, Nicéforo estaba ocupado en su país con el proyecto del golpe de Estado que le elevó, con la ayuda del ejército y la emperatriz regente, al trono. En 964 volvió a Oriente. En 965 completó la conquista de Cilicia, y una expedición enviada a Chipre restableció el absoluto control bizantino de la isla. En 966 realiza las campañas del Éufrates medio para cortar las comunicaciones entre Alepo y Mosul³⁸. Todo el Oriente cristiano había despertado y veía próxima su liberación. El patriarca Juan de Jerusalén le escribió, incitándole a apresurarse a penetrar en Palestina. Pero esta traición puso a prueba, de una vez para siempre, la excesiva paciencia de los musulmanes. Juan fue detenido y quemado en la hoguera por la población enfurecida³⁹.

Las esperanzas de Juan eran prematuras. En 967 y 968, Nicéforo estaba ocupado en su frontera septentrional. Pero en 969 condujo su ejército nuevamente hacia el sur, directamente hacia el corazón de Siria. Marchó sobre el valle del Orontes, ocupando y saqueando, una tras otra, las grandes ciudades de Shaizar, Hama y Homs, y cruzando hacia la costa hasta las afueras de Trípoli. Luego volvió hacia el norte, dejando tras de sí Tortosa, Jabala y Laodicea, en llamas, mientras sus lugartenientes ponían sitio a Antioquía y Alepo. La antigua metrópoli de Antioquía fue ocupada en octubre. Alepo se rindió a finales del año.

³⁷ Vasiliev, *Bizancio y los árabes* (en ruso), vol. II, pp. 229-37. Runciman, *The Emperor Romanus Lecapenus*, pp. 135-50.

³⁸ Schlumberger, *Un Empereur Byzantin, Nicéphore Phocas*, caps. VIII y X.

³⁹ Yachya de Antioquía, en *P. O.*, vol. XVIII, pp. 799-802. La fecha se estudia en Rosen, *El emperador Basilio Bulgaróctono* (en ruso), p. 351.

Antioquía, donde los cristianos probablemente excedían en número a los musulmanes, fue absorbida por el Imperio, y parece ser que los musulmanes fueron obligados a emigrar del territorio. Alepo, que era casi por completo una ciudad musulmana, se convirtió en Estado vasallo. El tratado hecho con sus gobernantes delimitaba minuciosamente las fronteras entre la nueva provincia imperial y las ciudades tributarias. Los gobernantes de Alepo serían nombrados por el emperador. El Estado vasallo tenía que pagar grandes impuestos, de los cuales estarían exentos los cristianos, directamente al tesoro imperial. Se previeron privilegios especiales y protección para los mercaderes y caravanas del Imperio. Estas condiciones humillantes parecían presagiar el fin del poder musulmán en Siria⁴⁰.

Antes de que cayera Alepo, el Emperador fue asesinado en Constantinopla por la emperatriz y el amante de ésta, su primo Juan Tzimiscas. Nicéforo era un hombre cruel y desagradable. A pesar de sus victorias, había sido odiado en Constantinopla por sus exacciones financieras, su corrupción y su amarga disputa con la Iglesia. Juan, que ya era conocido como general brillante, consiguió sin dificultad ascender al trono, y se puso en paz con la Iglesia al abandonar a su amante imperial. Pero una guerra con Bulgaria le ocupó en Europa los cuatro años siguientes. Entretanto, empezaba a reavivarse el islam, dirigido por la dinastía fatimita, que se estableció en Egipto y en la Siria meridional, y que en 971 intentó incluso la reconquista de Antioquía. En 974 Juan pudo dirigir su atención hacia Oriente. En el otoño de aquel año bajó hasta la Mesopotamia oriental, ocupando Nisibin y reduciendo a Mosul a vasallaje, y proyectaba aún una marcha por sorpresa sobre Bagdad. Pero comprobó que los fatimitas eran enemigos más peligrosos que sus rivales abasidas, y la primavera siguiente avanzó hacia Siria. Siguiendo el camino de Nicéforo seis años antes, barrió el valle del Orontes, pasado Homs, que rindió sin esfuerzo alguno, y Baalbek, que ocupó por la fuerza, hasta llegar derecho a Damasco, que le prometió tributo y humilde alianza. De allí se dirigió a Galilea, Tiberíades y Nazaret, y, hacia la costa, a Cesarea. Llegaron a hablarle legados de Jerusalén, con el ruego de evitarles los horrores de un saqueo. Pero él no se consideraba capaz de avanzar hacia la Ciudad Santa con las ciudades de la costa fenicia sin ocupar y a sus espaldas. Se retiró hacia el norte y las fue conquistando una por una, con excepción de la ciudadela de Trípoli. Llegó el invierno y el Emperador tuvo que aplazar sus esfuerzos para la estación siguiente. En su regreso a Antioquía conquistó los dos grandes castillos de las montañas Nosairi, Barzuya y Sahyun, en los que dejó guarnición. Después regresó a Constantinopla. Pero su campaña no se reanudó nunca. Murió repentinamente en enero de 976⁴¹.

Estas guerras habían convertido de nuevo al Imperio cristiano en la gran potencia de Oriente. Con la perspectiva de la liberación de los cristianos de Oriente habían adqui-

⁴⁰ Schlumberger, *op. cit.*, cap. XIV.

⁴¹ Schlumberger, *L'Épopée Byzantine*, vol. I, cap. IV,

ruido aún más la condición de guerras religiosas. Hasta entonces, las guerras contra los musulmanes habían sido guerras libradas normalmente para defender el Imperio, y, por así decirlo, se habían convertido en parte de la vida cotidiana. Aunque algunas veces a los cautivos cristianos se les brindaba la opción entre la apostasía y la muerte por parte de algún vencedor musulmán fanático, y su martirio sería debidamente recordado y honrado, estos casos eran raros. Para la opinión pública en Bizancio no había mayor mérito en morir luchando por la protección del Imperio contra el árabe infiel que contra el búlgaro cristiano, y tampoco la Iglesia hacía ninguna distinción. Pero tanto Nicéforo como Juan manifestaron que la lucha de ahora se libraba para gloria de la Cristiandad, por el rescate de los Santos Lugares y para la destrucción del islam. Ya cuando un emperador celebraba una victoria sobre los sarracenos, los coros cantaban: «Gloria a Dios, que ha conquistado a los sarracenos»⁴². Nicéforo señaló que sus guerras eran guerras cristianas; en parte, tal vez, para intentar contrarrestar sus malas relaciones con la Iglesia. Fracasó en su propósito de que el patriarca promulgara un decreto anunciando que los soldados que murieran en el frente oriental morirían como mártires; porque la Iglesia oriental, a pesar de las exigencias de la guerra, no disculpa plenamente el acto de homicidio⁴³. Pero en su manifiesto insultante al Califa, que le envió antes de partir para su campaña de 964, se consideraba a sí mismo como el campeón cristiano, y amenazaba incluso con marchar sobre La Meca para erigir allí el trono de Cristo⁴⁴. Juan Tzimisce usaba el mismo lenguaje. En la carta que escribe al rey de Armenia, relatándole la campaña de 974, dice: «Nuestro deseo era librar el Santo Sepulcro de los ultrajes de los musulmanes». Cuenta cómo evitó que las ciudades de Galilea fueran saqueadas por la importancia que tenían en la historia de la fe cristiana; y, aludiendo a su fracaso ante Trípoli, afirma que, a no ser por esta causa, habría ido a la Ciudad Santa de Jerusalén para orar en los Santos Lugares⁴⁵.

Los árabes siempre habían estado más dispuestos a considerar la guerra como asunto religioso; pero también ellos se habían vuelto negligentes. Ahora, atemorizados por los cristianos, procuraban hacer revivir su fervor. En 974, los tumultos en Bagdad obligaron al Califa, que, personalmente, no lamentaba nada las derrotas fatimitas, a proclamar la guerra santa: una *jihad*⁴⁶.

Parecía que, al fin, la Tierra Santa iba a ser recuperada para la Cristiandad. Pero los ortodoxos de Palestina esperaban en vano. Al sucesor de Juan, el legítimo Basilio II, a

⁴² Constantino Porfirogeneta, *De Ceremoniis* (Ed. Bonn), vol. I, pp. 332-3; editado por Vogt, vol. II, pp. 135-6. Las aclamaciones debieron producirse por primera vez a consecuencia del triunfo de Miguel III sobre los sarracenos en 863. Véase Bury, «The Ceremonial Book of Constantine Porphyrogenetos», en *E. H. R.*, vol. XXII, p. 434.

⁴³ Zonaras, vol. III, p. 506.

⁴⁴ Schlumberger, *Un Empereur Byzantin*, pp. 427-30, tomando la cita de un manuscrito árabe en Vienne.

⁴⁵ Mateo de Edesa, pp. 13-20.

⁴⁶ Miskawaihi, *The experiences of the Nations*, en Amedroz y Margoliouth, *The Eclipse of the Abbasid Caliphate*, vol. II, pp. 303-5 (texto árabe), y vol. V, pp. 326-8 (traducción inglesa).

pesar de haber sido un gran guerrero, no se le ofreció ninguna oportunidad para continuar el avance hacia el sur. Las guerras civiles, seguidas de una larga guerra con los búlgaros, exigieron toda su atención. Sólo dos veces pudo visitar Siria, una para devolver la soberanía bizantina a Aleppo, en 995, y otra para llegar hasta Trípoli, hacia la costa, en 999. En 1001 decidió que sería inútil hacer más conquistas. Concertó una tregua de diez años con el Califa fatimita, y la paz así iniciada no fue turbada seriamente durante más de medio siglo. La frontera entre los Imperios se estableció desde la costa, entre Banyas y Tortosa, hasta el Orontes, al sur de Cesarea-Shaizar. Aleppo quedó oficialmente dentro de la esfera de influencia bizantina; pero la dinastía mirdasita, que se estableció allí en 1023, pronto obtuvo la independencia de hecho. En 1030 su emir derrotó gravemente al ejército bizantino. Pero la pérdida de Aleppo fue contrarrestada al año siguiente por la incorporación de Edesa al Imperio de Bizancio⁴⁷.

La paz favoreció tanto al Imperio como a los fatimitas, porque ambos estaban inquietos con el resurgimiento del Califato de Bagdad bajo aventureros turcos procedentes del Asia central. El monarca fatimita, reconocido como el verdadero califa por los musulmanes chiitas, no podía arriesgarse a reforzar los derechos abasidas; mientras, Bizancio consideraba su frontera oriental más vulnerable que la meridional. El temor a los turcos hizo que Basilio II se anexionase primero las provincias de Armenia más próximas al Imperio y que ocupase después la zona este más meridional, el principado de Vaspurakan. Sus sucesores continuaron su política. En 1045, el rey de Ani, el principal monarca de Armenia, cedió sus territorios al Emperador. En 1064, el último Estado independiente de Armenia, el principado de Kars, fue absorbido por el Imperio⁴⁸.

La anexión de Armenia estaba dictada por consideraciones militares. La experiencia había enseñado que no se podía tener confianza alguna en los príncipes armenios. Aunque eran cristianos y no tenían nada que ganar con una conquista musulmana, eran herejes, y, como tales, odiaban a los ortodoxos más apasionadamente que a cualquier opresor musulmán. A pesar del comercio continuado y de las relaciones culturales, y a pesar de los muchos armenios que habían emigrado al Imperio y alcanzaron allí los más altos puestos, la animosidad nunca decayó. Pero desde los valles de Armenia era fácil, como había demostrado la pasada guerra fronteriza, penetrar en el corazón del Asia Me-

⁴⁷ Las actividades de Basilio en Siria se describen, siguiendo fuentes árabes (Kemal ad-Din, Ibn al-Athir y Abu'l Mahasin), en Rosen, *op. cit.*, pp. 239-66, 309-11. En 987-988, Basilio había enviado embajadores a El Cairo, que obtuvieron fondos para la conservación del Santo Sepulcro en Jerusalén (*ibid.*, pp. 202-5, citando un texto de un ms. de Abu'l Mahasin). Acerca de la frontera, véase el estudio en Honigmann, *Die Ostgrenze des byzantinischen Reiches*, pp. 106-8, 134 y ss., y también su artículo «Shaizar» en la *Encyclopaedia of Islam*. Shaizar estaba aún administrada por el obispo en nombre del Emperador hasta 1081 (Miguel el Sirio, vol. II, p. 178).

⁴⁸ Un resumen completo, con referencias, de historia armenia en este período se halla en Grousset, *Histoire de l'Arménie*, pp. 531 y ss. Véase *infra*, pp. 62-63.

nor. Las autoridades militares se habrían equivocado si hubieran permitido que semejante foco de peligro quedara fuera de su control. Desde el punto de vista político, la anexión fue menos prudente. Los armenios estaban resentidos con el gobierno de Bizancio. Aunque las guarniciones habían cubierto la frontera, dentro de ella había una extensa población descontenta, cuya deslealtad era, potencialmente, un peligro, y que ahora, no obligada ya por ninguna fidelidad a un príncipe local, empezaba a esparcirse, con su espíritu anárquico, por todo el Imperio. Políticos más sabios, menos obsesionados que los emperadores-soldado de Bizancio por el punto de vista castrense, habrían vacilado antes de crear la cuestión armenia, que iba a destruir la uniformidad del Imperio y que agregaría una minoría discordante a sus súbditos.

La Siria septentrional había pasado a ser gobernada por los cristianos; pero los cristianos de la Siria meridional y de Palestina consideraban fácilmente soportable la dominación de los fatimitas. Sólo pasaron por un breve período de persecución, cuando el califa Hakim, hijo de madre cristiana y educado principalmente por cristianos, reaccionó de repente contra sus primitivas influencias. Durante diez años, desde 1004 a 1014, a pesar de las protestas del Emperador, dio ordenanzas contra los cristianos; empezó a confiscar la propiedad eclesiástica; luego, a quemar cruces y a mandar que se construyeran pequeñas mezquitas en los tejados de las iglesias, y, finalmente, quemó las iglesias mismas. En 1009 ordenó la destrucción de la iglesia del Santo Sepulcro, basándose en que el milagro anual del fuego santo, que se celebraba allí la víspera de Pascua de Resurrección, debía ser seguramente una falsificación impía. Hacia 1014 se habían quemado o saqueado unas treinta mil iglesias, y muchos cristianos habían adoptado externamente el islam para salvar sus vidas. Medidas semejantes se tomaron contra los judíos. Pero hay que señalar que también los musulmanes estaban expuestos a persecuciones arbitrarias por parte de su jefe espiritual, y éste siguió sirviéndose durante todo el tiempo de ministros cristianos. En 1013, como una concesión al Emperador, se autorizó a los cristianos a emigrar a territorio bizantino. La persecución solamente se detuvo cuando Hakim llegó a la convicción de que él mismo era divino. Esta divinidad fue públicamente proclamada en 1016 por su amigo Darazi. Como los musulmanes estaban más hondamente conmocionados por esta conducta de su jefe de religión que pudieran estarlo los no musulmanes, Hakim empezó a proteger a los cristianos y a los judíos, mientras atacó a los propios musulmanes prohibiéndoles el ayuno del Ramadán y la peregrinación a La Meca. En 1017 se dio plena libertad de cultos a los cristianos y a los judíos. Pronto unos seis mil de los apóstatas recientes retornaban a la Iglesia cristiana. En 1020 las iglesias habían recuperado para sí sus bienes confiscados, incluyendo los materiales cogidos de sus edificios arruinados. Por la misma época se abolió la ordenanza que obligaba a llevar un atavío diferenciador. Pero también por entonces fue cuando se desató la furia de los musulmanes contra el Califa, que había sustituido el nombre de Allah por el suyo en los cultos de las mezquitas. Darazi huyó al Líbano, donde fundó la secta llamada por él de los drusos. El propio Hakim desapareció en

1021. Fue probablemente asesinado por su ambiciosa hermana, Sitt al-Mulk; pero su destino fue un misterio y sigue siéndolo aún. Los drusos creen que volverá a su debido tiempo⁴⁹.

Después de su muerte, Palestina fue gobernada durante algún tiempo por el emir de Alepo, Salih ibn Mirdas; pero el gobierno de los fatimitas quedó restablecido plenamente en 1029. En 1027 ya se había firmado un tratado que permitía al emperador Constantino VIII emprender la reconstrucción de la iglesia del Santo Sepulcro, y que autorizaba a los apóstatas que aún lo eran a volver, impunes, a la Cristiandad. El tratado fue renovado en 1036, pero la verdadera obra de reconstrucción de la iglesia no se llevó a cabo hasta unos diez años después, por el emperador Constantino IX. Para supervisar las obras viajaban libremente funcionarios imperiales a Jerusalén; allí, con disgusto de los ciudadanos y viajeros musulmanes, los cristianos parecían tener un dominio total⁵⁰. Tantos bizantinos se podían ver en sus calles que corrió el rumor entre los musulmanes de que el propio Emperador había hecho el viaje⁵¹. Había una próspera colonia de mercaderes amalfitas protegida por el Califa, aunque estos mercaderes hacían valer también que la ciudad italiana de Amalfi tributaba vasallaje al Emperador para poder participar de los privilegios que había concedido a sus súbditos⁵². El temor al poder bizantino permitía a los cristianos sentirse seguros. El viajero persa Nasir-i-Khusrau, que visitó Trípoli en 1047, escribe acerca del número de barcos mercantes griegos que se veían en el puerto y el miedo de los habitantes a un ataque de la flota bizantina⁵³.

A mediados del siglo XI, el núcleo de los cristianos en Palestina vivía con una tranquilidad que pocas veces había disfrutado. Las autoridades musulmanas eran indulgentes; el Emperador mostrábase vigilante de sus intereses. El comercio con los países cristianos de Ultramar prosperaba y se incrementaba. Y nunca, hasta entonces, había gozado Jerusalén tan plenamente de la simpatía y de la riqueza que le llevaban los peregrinos de Occidente.

⁴⁹ Véase el artículo «Hakim» en la *Encyclopaedia of Islam*; también Browne, *op. cit.*, pp. 60-62.

⁵⁰ Guillermo de Tiro, vol. I, part I, pp. 391-3; Schlumberger, *L'Épopée Byzantine*, vol. III, pp. 23, 131, 203-4; Riant, *Donation de Hugues, Marquis de Toscane*, p. 157. Mukaddasi, *Description of Syria*, trad. de Le Strange. Mukaddasi nos refiere (p. 77) que en Siria y Palestina los escribas y médicos eran casi todos cristianos, mientras los curtidores, tintoreros y banqueros eran judíos.

⁵¹ Nasir-i-Khusrau, *Diary of a Journey through Syria and Palestine*, trad. de Le Strange, p. 59.

⁵² Guillermo de Tiro, vol. 1, 2, pp. 822-6; Aimé, *Chronicon*, p. 320.

⁵³ Nasir-i-Khusrau, *op. cit.*, pp. 6-7; Mukaddasi, *op. cit.*, pp. 3-4, escribiendo sobre el año 985, dice que en Siria «la gente vive en constante terror ante los bizantinos..., pues sus fronteras son continuamente asoladas y sus fortalezas son destruidas una y otra vez».

Los peregrinos de Cristo

Ya se posan nuestros pies, Jerusalén, en tus puertas.

(Salmos, 121 122, 2.)

El deseo de ser peregrino está profundamente arraigado en la naturaleza humana. Llegar a encontrarse en el sitio donde estuvieron alguna vez los que reverenciamos, ver los verdaderos lugares donde nacieron, desarrollaron sus actividades y murieron, nos proporciona un sentimiento de contacto místico con ellos y viene a ser una expresión práctica de nuestro homenaje. Y si los grandes hombres del mundo poseen sus santuarios, a los que acuden desde lejos sus adeptos, con más ardor aún afluirán los humanos a esos lugares en que, según creen, el Señor ha santificado la tierra.

En los primeros tiempos del cristianismo eran raras las peregrinaciones. El pensamiento del cristiano primitivo tendía a destacar más la divinidad y universalidad de Cristo que su humanidad, y las autoridades romanas no alentaban los viajes a Palestina. La propia Jerusalén, destruida por Tito, permaneció en ruinas hasta que Adriano la reconstruyó bajo el nombre romano de Aelia. Pero los cristianos recordaban el escenario del drama de la vida de Cristo. Su respeto por el lugar del Calvario era tal que Adriano mandó erigir en él, deliberadamente, un templo a Venus Capitolina. Hacia el siglo III, el Portal de Belén, donde había nacido Cristo, les era bien conocido, y los cristianos lo visitarían igual que el monte de los Olivos, el Huerto de Getsemaní y el lugar de la Ascensión. Una visita a estos Santos Lugares con el propósito de oración y para adquirir un mérito espiritual había llegado a formar parte de la práctica cristiana⁵⁴.

Con el triunfo de la Cruz la práctica aumentó. El emperador Constantino sentíase feliz de fortalecer la religión que él había escogido. Su madre, la emperatriz Elena, muy estimada y celebrada por los grandes arqueólogos del mundo, partió hacia Palestina para descubrir el Calvario y hallar todas las reliquias de la Pasión. El Emperador avaló su descubrimiento al construir allí una iglesia, que, a través de todas sus vicisitudes, ha seguido siendo el principal santuario de la Cristiandad: la iglesia del Santo Sepulcro⁵⁵.

En seguida empezó a afluir un torrente de peregrinos al escenario que Elena había elegido para sus quehaceres. No podríamos decir su número, porque la mayoría de ellos no dejó huella de su viaje. Pero ya en 333, antes de que ella acabara sus excavaciones,

⁵⁴ San Jerónimo, *Epistolae XLVI*, 9, *M. P. L.*, vol. XXII, col. 489, se refiere a las primitivas peregrinaciones a Palestina. El primer peregrino de nombre conocido para nosotros era un obispo de Cesarea, en Asia Menor, a principios del siglo III, llamado Fermiliano (San Jerónimo, *De viris Illustribus*, *M. P. L.*, vol. XXIII, columnas 665-6). A fines del siglo III sabemos de un obispo de Capadocia, Alejandro, que visitó Palestina (Eusebio, *Historia Ecclesiastica*, pp. 185-6). Orígenes (*In Joannem*, VI, 29, *M. P. G.*, vol. XIV, col. 269) habla del deseo de los cristianos de «buscar las huellas de Cristo».

⁵⁵ Eusebio, *Vita Constantini*, caps. XXV-XL, publicado en *Palestine Pilgrims' Text Society*, vol. 1.

un viajero que hizo la peregrinación desde Burdeos a Palestina describió todo su viaje⁵⁶. Poco después hallamos el relato de un viaje hecho por una infatigable dama, conocida a veces como Eteria y otras como Santa Silvia de Aquitania⁵⁷. Hacia el final del siglo, uno de los grandes Padres de la Cristiandad latina, San Jerónimo, se afincó en Tierra Santa y arrastró tras de sí al círculo de ricas y elegantes señoras que se sentaban a sus pies en Italia. En su celda de Belén recibía una constante procesión de viajeros que venían a ofrecerle sus respetos después de haber visitado los Santos Lugares⁵⁸. San Agustín, el más espiritual de los Padres occidentales, consideraba las peregrinaciones como poco importantes e incluso peligrosas, y los Padres griegos parecían estar acordes con él⁵⁹; pero San Jerónimo, aunque no pretendía que la efectiva estancia en Jerusalén tuviera valor espiritual alguno, afirmaba que constituía un acto de fe el orar en los sitios que habían pisado los pies de Cristo⁶⁰. Su opinión era más popular que la de San Agustín. Se multiplicaron las peregrinaciones, alentadas por las autoridades. Hacia comienzos del siglo siguiente se decía que había ya doscientos monasterios y hospederías dentro de Jerusalén o en sus alrededores, contruidos para recibir peregrinos, y casi todos bajo el patronato del emperador⁶¹.

A mediados del siglo V llegó esta primitiva afición por Jerusalén a su momento culminante. La emperatriz Eudocia, hija de un filósofo pagano de Atenas, se estableció en la Ciudad Santa después de su desgraciada vida en la corte, y en su séquito había muchas personas piadosas de la aristocracia bizantina. En el tiempo que le quedaba libre después de escribir himnos, patrocinó la tendencia creciente de reunir reliquias, y cimentó la fundación de la gran colección de Constantinopla al enviar a la capital el retrato de Nuestra Señora, pintado por San Lucas⁶².

⁵⁶ El *Itinerary of the Bordeaux Pilgrim* está publicado en la *P. P. T. S.*, vol. I, en una traducción de A. Stewart.

⁵⁷ La peregrinación de Eteria está publicada en una traducción inglesa por J. H. Bernard, en la *P. P. T. S.*, con el título de *The Pilgrimage of Saint Silvia of Aquitaine*, con la que el editor la identifica, aunque es casi seguro un error.

⁵⁸ La carta de Paula y Eustaquio a Marcela, describiendo la vida que llevaba el círculo de San Jerónimo en Palestina, está publicada entre las cartas de San Jerónimo con el núm. XLVI (cols. 483 y ss., en *M. P. L.*, vol. XXII). San Jerónimo, por su parte, en la carta núm. XLVII, 2 (*ibid.*, col. 493) recomienda a su amigo Desiderio una visita a los Santos Lugares; y explica que su visita a Palestina le permite entender mejor las Escrituras (*Liber Paralipumenon*, prólogo, en *M. P. L.*, vol. XXVIII, cols. 1325-6). Pero en sus momentos de desánimo, como en la carta LVIII, 2, a Paulino de Nola (*ibid.*, vol. XXII, col. 580) pensaba que nada se perdía por no hacer una visita a Jerusalén.

⁵⁹ San Agustín, carta LXXVIII, 3, en *M. P. L.*, vol. XXXIII, cols. 268-9; *Contra Faustum*, XX, 21; *ibid.*, vol. XLII, cols. 384-5. San Gregorio Niseno reprueba enérgicamente la peregrinación (carta núm. II, en *M. P. G.*, vol. XLVI, col. 1009). San Juan Crisóstomo es casi tan enemigo de ella (*Ad Populum Antiochenum*, V, 2, en *M. P. G.*, vol. XLIX, col. 69), pero en otro lugar desea que sus deberes le permitan ser peregrino (*In Ephesianos*, VIII, 2; *ibid.*, vol. LXII, col. 57).

⁶⁰ Véase p. 46, nota 54.

⁶¹ Couret, *La Palestine sous les Empereurs grecs*, p. 212.

⁶² Véase Bury, *Later Roman Empire* (A. D., 395-565), vol. I, pp. 225-31. Véase Nicéforo Callistus, *Historia Ecclesiastica*, en *M. P. G.*, vol. CXLVI, col. 1061, para la cuestión de la búsqueda de reliquias de Eudocia.

Su ejemplo fue seguido por peregrinos de Occidente y por otros que venían de Constantinopla. Desde tiempo inmemorial, el lujo material del mundo procedía de Oriente. Ahora, los lujos religiosos también se dirigían hacia Occidente. El cristianismo fue, en un principio, una religión oriental. Los santos y mártires primitivos del cristianismo habían sido, en su mayoría, orientales. Crecía la tendencia a venerar los santos. Figuras tan autorizadas como Prudencio y Ennodio enseñaban que el socorro divino podría hallarse en sus tumbas y que sus cuerpos podrían obrar milagros⁶³. Hombres y mujeres cubrían ahora largas distancias por ver una sagrada reliquia. Aún más, procurarían adquirir alguna, llevársela a su tierra y colocarla en su santuario local. Las principales reliquias permanecieron en Oriente; las de Cristo, en Jerusalén, hasta que fueron llevadas a Constantinopla, y las de los santos, en su mayor parte, no salieron de sus lugares nativos. Sin embargo, las reliquias de poca importancia empezaron a penetrar en Occidente, traídas por algún afortunado peregrino o por algún mercader emprendedor o enviadas como donativo a algún potentado. Pronto les siguieron pequeños fragmentos de reliquias importantes y después reliquias importantes enteras. Todo esto contribuyó a que Occidente fijara su atención en Oriente. Los ciudadanos de Langres, orgullosos propietarios de un dedo de San Mamante, sentían el vivo deseo de visitar Cesarea, en Capadocia, donde había vivido el santo⁶⁴. Las monjas de Chamalières, con los huesos de Santa Tecla en su capilla, se interesaban personalmente por su lugar de nacimiento en Seleucia de Isauria⁶⁵. Cuando una dama de Maurienne regresó de sus viajes con un pulgar de San Juan Bautista, sus amigos concibieron la idea de emprender una peregrinación para ver su cuerpo en Samaria y su cabeza en Damasco⁶⁶. Se enviarían embajadas con la única esperanza de conseguir algún tesoro de esta índole, quizá incluso un frasquito de la Santa Sangre o tal vez un fragmento de la Verdadera Cruz. En Occidente se construyeron iglesias llamadas por el nombre de santos orientales o bajo la advocación del Santo Sepulcro; y a menudo una parte de sus ingresos se apartaba para enviarla a los Santos Lugares de los cuales había tomado su nombre.

Este contacto se fomentó por el comercio que ya se había extendido por las costas del Mediterráneo. Empezó lentamente a decaer debido al creciente empobrecimiento de Occidente, y en ocasiones se interrumpía, como a mediados del siglo V, cuando los

⁶³ Prudencio, *Peristephanon*, VI, pp. 132, 135; Ennodio, *Libellum pro Synodo*, p. 315. San Ambrosio cree firmemente en la virtud de las reliquias, y él mismo llegó a ser inspirado para descubrir alguna (carta XXII, en *M. P. L.*, vol. XVI, cols. 1019 y ss.). San Victricio, en su *Liber de Laude Sanctorum*, afirma que las reliquias tienen una virtud y una gracia (*M. P. L.*, vol. XX, cols., 453-4). San Basilio, de otra parte, quería estar absolutamente seguro de su autenticidad. Véase su carta a San Ambrosio sobre el cuerpo de un obispo de Milán, carta núm. CXC VII, en *M. P. G.*, vol. XXXII, cols. 109-13.

⁶⁴ *Historia Translationum Sancti Mamantis vel Mammentis*, en *Acta Sanctorum*, 17 de agosto, vol. III, pp. 441-3.

⁶⁵ Mabillon, *Annales Ordinis Sancti Benedicti*, vol. I, p. 481.

⁶⁶ Gregorio de Tours, *De Gloria Martyrum*, en *M. P. L.*, vol. LXXI, columnas 719-20. Véase Delehaye, *Les Origines du Culte des Martyrs*, p. 99.

piratas vándalos hicieron peligrosa la navegación para comerciantes desarmados; el descontento y la herejía en Oriente agregaron nuevas dificultades. Pero hay muchos itinerarios del siglo VI debidos a peregrinos occidentales que viajaron hacia Oriente en barcos mercantes griegos o sirios; y los mismos mercaderes transmitían noticias y rumores religiosos igual que llevaban pasajeros y mercancías. Gracias a los viajeros y a los mercaderes estaba bien informado de los asuntos orientales el historiador Gregorio de Tours.

Hay constancia de una conversación entre San Simeón Estilita y un mercader sirio que le vio en su columna cerca de Alepo, en la cual San Simeón pedía noticias de Santa Genoveva de París y le enviaba un mensaje personal⁶⁷. A pesar de las disputas religiosas y políticas de las altas jerarquías, las relaciones entre los cristianos orientales y occidentales seguían siendo cordiales e íntimas.

Con las conquistas árabes, este período tocó a su fin. Los mercaderes sirios dejaron de recalar en las costas de Francia e Italia, llevando mercancías y noticias. Volvió a haber piratas en el Mediterráneo. Los gobernantes musulmanes de Palestina sospechaban de los viajeros cristianos del extranjero. El viaje era costoso y difícil, y la Cristiandad occidental había quedado empobrecida. Sin embargo, el contacto no se interrumpió del todo. Los cristianos occidentales aún pensaban en los Santos Lugares con simpatía y nostalgia. Cuando, en 682, el papa Martín I fue acusado de tratos amistosos con los musulmanes, explicó que su motivo era el deseo de obtener permiso para enviar limosnas a Jerusalén⁶⁸. En 670, el obispo franco Arculfo partió para Oriente y consiguió hacer una visita completa a Egipto, Siria y Palestina, para volver después por Constantinopla; pero el viaje le llevó varios años, y padeció muchas fatigas⁶⁹. Conocemos los nombres de otros peregrinos de la época, tales como Vulphy de Rue, de Picardía; o Bercaire de Montier-en-Der, de Borgoña, y su amigo Waimer⁷⁰. Pero sus relatos demuestran que solamente los hombres rudos y emprendedores podían tener alguna esperanza de llegar a Jerusalén. Parece ser que ninguna mujer se aventuró a hacer la peregrinación.

Durante el siglo VIII aumentó el número de los peregrinos. Algunos procedían incluso de Inglaterra; de ellos el más famoso fue Willibaldo, que murió en 781 siendo obispo de Eichstadt, en Baviera. En su juventud había ido a Palestina; salió de Roma en 722 y no pudo regresar a la Ciudad Eterna hasta 729, después de haber pasado por muchas y desagradables peripecias⁷¹. Hacia fines del siglo parece haber existido un intento de organizar peregrinaciones, bajo el patrocinio de Carlomagno. Carlomagno había devuelto el orden y la prosperidad a Occidente, y estableció buenas relaciones con el califa Harun al-Rashid. Las hospederías construidas con su ayuda en Tierra Santa demuestran que por entonces habían llegado a Jerusalén muchos peregrinos, y entre ellos algunas

⁶⁷ *Vita Genovefae Virginis Parisiensis*, p. 226.

⁶⁸ Martín I, carta a Teodoro, en *M. P. L.*, vol. LXXXVII, cols. 199-200.

⁶⁹ El relato de Arculfo, escrito por Adamnan, se halla en *P. P. T. S.*, vol. III, traducción de J. R. Macpherson.

⁷⁰ *De Sancto Wiphlagio*, en *Aa. Ss.*, 7 de junio, vol. II, pp. 30-1.

⁷¹ Willibaldo, *Hodoeporicon*, trad. de Brownlow, publicado en la *P. P. T. S.*, vol. III.

mujeres. Desde la España cristiana fueron enviadas monjas para servir en el Santo Sepulcro⁷². Pero esta actividad tuvo corta vida. El Imperio carolingio declinó. Los piratas musulmanes reaparecieron en el Mediterráneo oriental; piratas escandinavos vinieron de Occidente. Cuando Bernardo el Sabio visitó Palestina, en 870, procedente de Bretaña, encontró las fundaciones de Carlomagno en buen funcionamiento, aunque vacías e iniciando su decadencia. Bernardo sólo pudo hacer el viaje gracias a un pasaporte que le facilitaron las autoridades musulmanas que gobernaban entonces en Bari, en la Italia meridional; si bien ese pasaporte ni siquiera le autorizaba a desembarcar en Alejandría⁷³.

La gran era de las peregrinaciones se inicia con el siglo X. Los árabes perdieron sus últimos nidos de piratería en Italia y en el sur de Francia en el decurso del siglo, y Creta les fue arrebatada en 961. Ya por entonces la flota bizantina había asumido el dominio de los mares lo bastante para que el comercio marítimo en el Mediterráneo hubiese revivido por completo. Los barcos mercantes griegos e italianos navegaban libremente entre los puertos de Italia y los del Imperio, y comenzaban, con la buena voluntad de las autoridades musulmanas, a abrir el comercio con Siria y Egipto. Era fácil para un peregrino obtener pasaje directo desde Venecia o Bari a Trípoli o Alejandría; aunque la mayoría de los viajeros prefería entrar por Constantinopla, para ver sus grandes colecciones de reliquias, y después proseguir por mar o bien por tierra, cuyos caminos habían asegurado ahora las recientes victorias militares bizantinas. En la misma Palestina, las autoridades musulmanas, ya fueran abasidas, ikshiditas o fatimitas, rara vez ponían dificultades; por el contrario, recibían con agrado a los viajeros por la riqueza que aportaban a la provincia.

La mejora en las condiciones para peregrinar repercutió en el pensamiento religioso occidental. Es dudosa la época en que las peregrinaciones empezaron a establecerse como penitencia canónica. Todos los *poenitentialia* medievales primitivos recomiendan una peregrinación, aunque, por lo general, no especifican el lugar de la misma.

Pero iba desarrollándose la creencia de que determinados santos lugares poseían una virtud espiritual definida que se transmitía a aquellos que los visitaban y podían incluso concederles el perdón del pecado. Así, el peregrino sabía que no sólo podía reverenciar los restos terrenales y el ambiente en que habían vivido Dios y sus santos, entrando en contacto místico con ellos, sino que también podía obtener el perdón de Dios por sus flaquezas. A partir del siglo X existían sobre todo cuatro santuarios que se consideraban con dicho poder: Santiago de Compostela, en España; San Miguel de Monte Gargano, en Italia; los muchos lugares sacros de Roma, y, por encima de todos los demás, los Santos Lugares, en Palestina. A todos ellos era mucho más fácil ahora el acceso, debido a la

⁷² «Commemoratorium de Casis Dei vel Monasteriis», en Tobler y Molinier, *Itinera Hierosolymitana*, vol. I, p. 303.

⁷³ El *Itinerary of Bernard the Wise*, trad. de J. H. Bernard, se halla en la *P. P. T. S.*, vol. III.